

5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Primer premio:

Los ojos de Marcelo

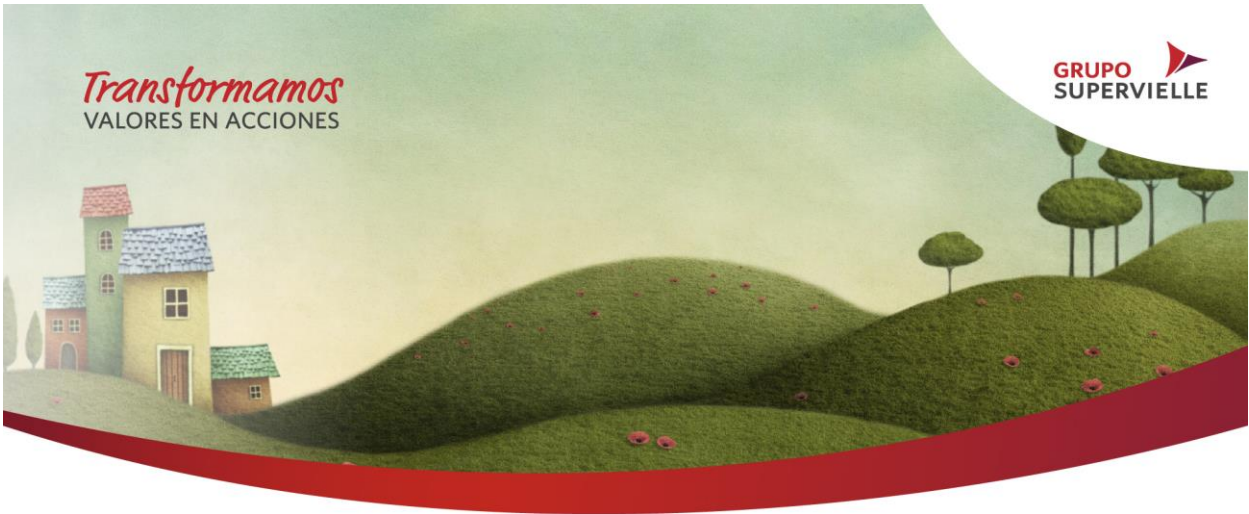
Por María Mercedes Sacchi

El hombre está nervioso. Hace mucho que espera. Ya sacó número dos veces y no habrá una tercera: es tarde y el banco va a cerrar, así que cuando lo llamen va a tener que ir a la ventanilla.

No aparenta los 70 que va a cumplir. No es alto ni bajo, no es gordo ni flaco y el cabello entrecano todavía cubre su cráneo. En su cara, innumerables surcos delatan la edad, pero los ojos... mejor dicho, la mirada, es la de un chico de 20.

Se llama Marcelo y vive solo. Se divorció hace treinta años jurando que el matrimonio era un error que no pensaba repetir. Y mantuvo con firmeza el juramento. Tuvo amistades, afectos, una o dos pasiones que casi, casi lo hicieron trastabillar, pero pareja, lo que se dice pareja, nunca más.

Hace años que no ve a su hijo. Cuando el matrimonio se deshizo, ella volvió a Buenos Aires, a vivir con su familia, y se llevó al chico. Él hubiera querido retenerlo, pero su ex mujer y los abuelos, o más bien las comodidades que los abuelos prometían, muy lejos de las posibilidades de Marcelo, inclinaron la balanza en su contra. Y su orgullo agigantó la distancia.



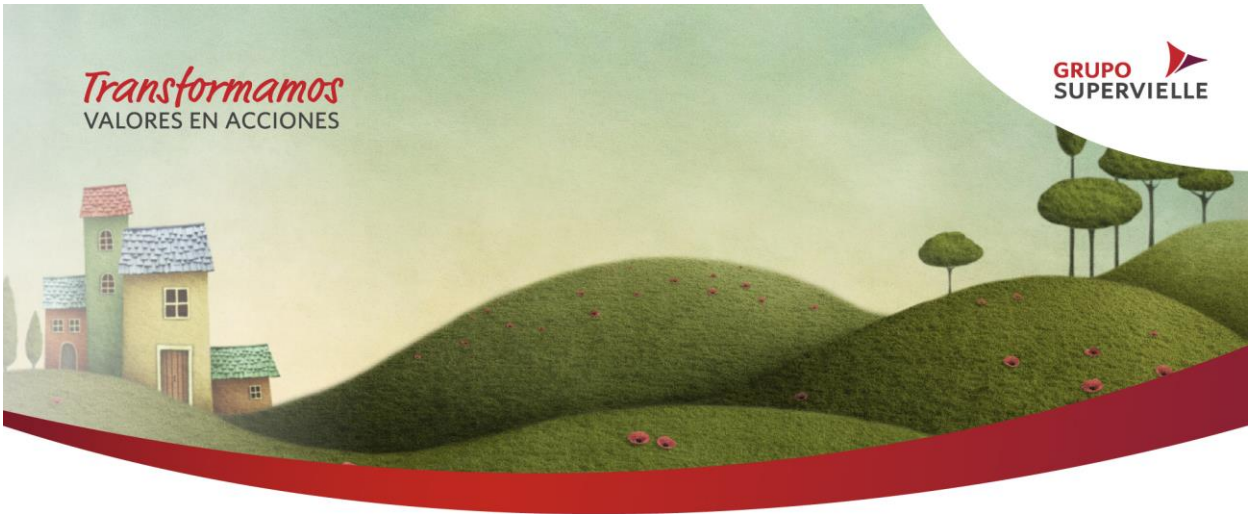
5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Los años, las crisis y las devaluaciones sirvieron para reanudar algo parecido a un vínculo, y Marcelo se enteró de que ya era abuelo. Hasta ahí llegó la cosa: no hubo viaje de reencuentro, y del nieto solo tiene algunas fotos. Cada tanto, recibe un llamado, siempre el mismo: “Hola, viejo, qué tal, cómo estás, ¿podés prestarme unos pesos?”. Pese al dolor, la bronca y la decepción, nunca dice que no.

Hace tres años, Marcelo por fin pudo jubilarse. De todos modos, cuando los huesos se lo permiten hace alguna changa para rellenar los agujeros que su hijo perfora en su jubilación. No le faltan amistades, pero desde hace un tiempo empezó a elegir la soledad antes que una salida o una visita. Es que, últimamente, los encuentros con amigos, más allá del motivo de la convocatoria, siempre terminan en mesas de conversación sobre la familia: los hijos que se casaron, los nietos que van creciendo, los hijos que se separaron y de nuevo viven con ellos. Entonces, prefiere un libro, una película o terminar un trabajo pendiente. Se siente bien estando solo.

Aunque está acostumbrado a usar el cajero automático, Marcelo decidió cobrar su jubilación en la ventanilla. Eligió esa forma por la espera, o mejor dicho, por las personas que podía conocer mientras esperaba. Aprendió a buscar entre el gentío alguna cara vivaz, algún gesto amigable, alguien con quien entablar una conversación más o menos interesante que no fuera de hijos, nietos o enfermedades. El método no está exento de chascos —como aquel hombre que solo hablaba de su viejo trabajo de ceramista, o esa señora empeñada en explicarle las bondades del macramé—, pero en general Marcelo ha tenido suerte con los interlocutores, y suele pasar buenos ratos en el banco.

Hoy, sin embargo, en el largo tiempo que lleva esperando, apenas cruzó palabra con uno o dos jubilados. Por cuarto mes consecutivo, Marcelo pasa el tiempo mirando la puerta de entrada.



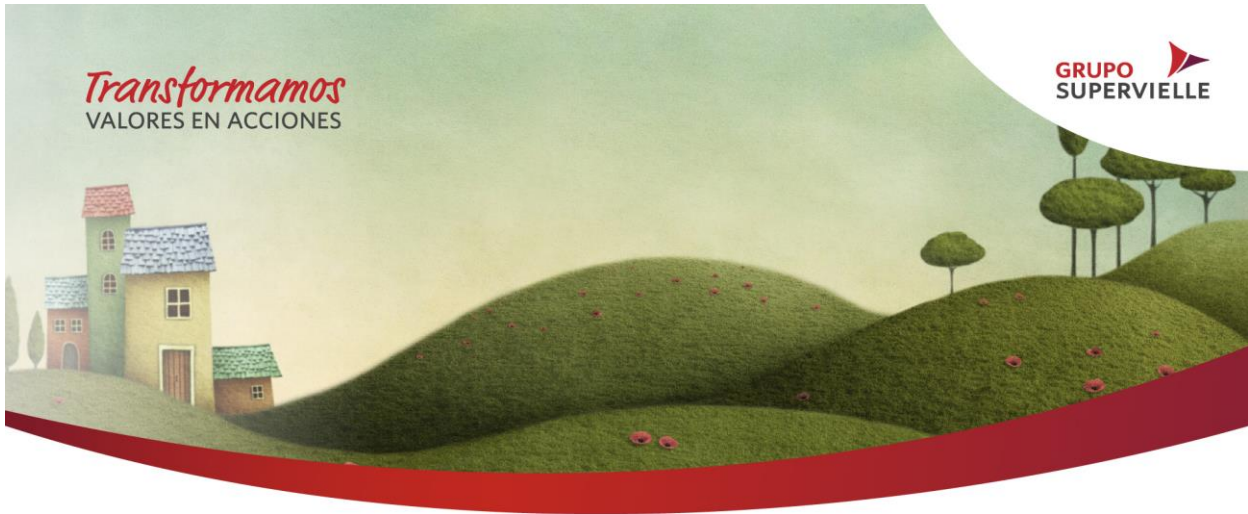
5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Marisa es bajita, regordeta y movediza como un cuis. Tiene 66 años y hace tres rompió un matrimonio de casi cuatro décadas. De improviso, en menos de cinco minutos, el mundo entero se le vino abajo y Marisa se quedó sola. Apenas una semana antes había iniciado su trámite jubilatorio, el primer paso de un elaborado plan para los años por venir, pero la separación fue un tornado que se llevó todo por delante, plan incluido.

Cuando los hijos preguntaron por qué, trató infructuosamente de explicar lo que ni siquiera ella terminaba de comprender. Ramiro, el mayor, desde México, reaccionó con indiferencia, pero Marisa notó que sus contactos con él, ya escasos, se espaciaron más todavía. Jimena, en cambio, decidió mediar: su hija, que siempre repudió a viva voz la institución matrimonial, defendió obstinadamente la idea de volver a unirlos, aunque fuera con remiendos. Le costó bastante tiempo aceptar que había elegido una misión equivocada.

La jubilación de Marisa salió en dos meses y le dio el ansiado tiempo de vida que el trabajo le había quitado, pero ahora no sabía cómo o en qué usarlo, ni con quién. Le costó unos cuantos meses de extrañeza y desconcierto aceptar la idea de que terminaría su vida en soledad.

Salvo por algunas tardes de felicidad con los nietos, tuvo que aprender a rellenar el tiempo vacío. Fue así como descubrió los talleres: de cine, de teatro, literarios, artísticos, de idiomas, de manualidades, de fotografía... cada uno, además, con sus variantes específicas. Allí ocupó su tiempo y se relacionó con gente, pero en ninguno



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

encontró con quién entablar una amistad que trascendiera el ámbito del taller en cuestión. Su capital de amigas y amigos siempre fue escaso. Escaso, sí, pero de fierro.

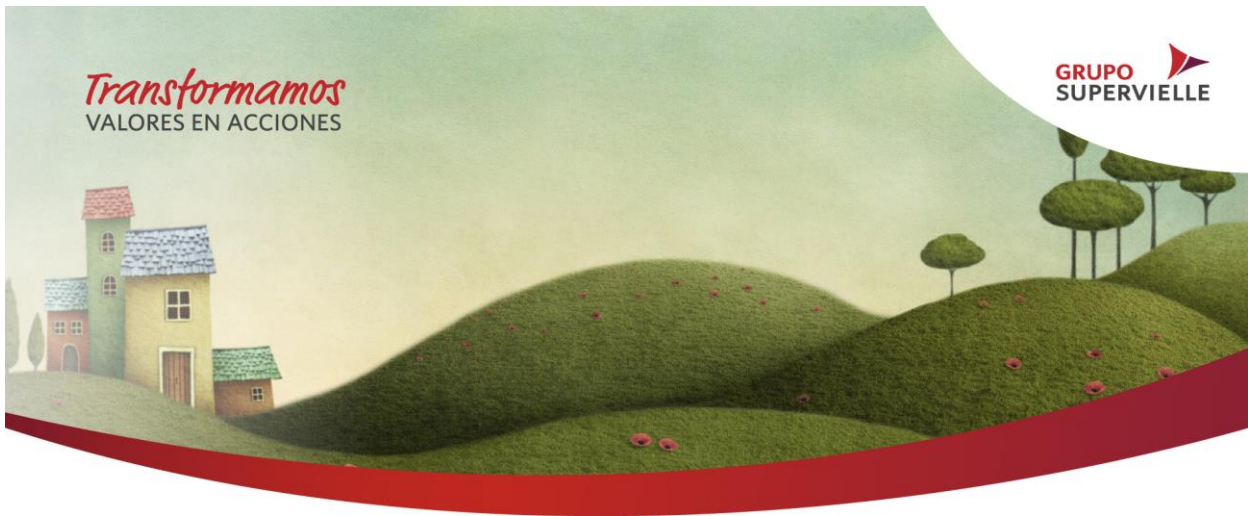
Marisa conoce de tarjetas y cajeros, pero su desconfianza de los bancos es cerril. Desde que el corralito le disolvió los ahorros, deja en su cuenta lo imprescindible para pagar la tarjeta y alguna otra factura, y retira el resto de una vez, por ventanilla.

Durante las esperas, lee o completa rompecabezas en el celular. No es conversadora y no le interesa escuchar de enfermedades o de travesuras de nietos ni compartir opiniones sobre el clima, los políticos, la juventud, lo bien que estábamos antes o lo mal que estábamos antes. Cierta vez, una señora atrajo su atención y se puso a conversar con ella: la mujer empezaba a cobrar su flamante pensión por viudez, y no la avergonzaba mostrarse feliz por haberse liberado del hombre que le había arruinado la vida. La buscó los meses siguientes, pero no volvió a verla.

Otro que le cayó bien fue Marcelo, que provocó algún que otro gesto de reprobación cuando bromeó en voz alta con Juan Carlos, su vecino de silla, sobre las conversaciones que se daban en las esperas como esa. Ella no pudo evitar la risa, y los tres empezaron a inquietar a los jubilados cercanos contando la peor charla que habían escuchado en una sala de espera.

Marisa, Juan Carlos y Marcelo empezaron a reunirse todos los meses en el banco, el día de cobro. La sagacidad de Juan Carlos, el humor de Marcelo y la mordacidad de Marisa formaban la combinación ideal para pasar el rato. Y cuando Juan Carlos se mudó y cambió de sucursal, Marisa y Marcelo siguieron reuniéndose.

Los encuentros se mantenían en el recinto del banco, como si ese fuera el único ámbito posible. Ninguno conocía el domicilio del otro, nunca habían salido juntos a caminar



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

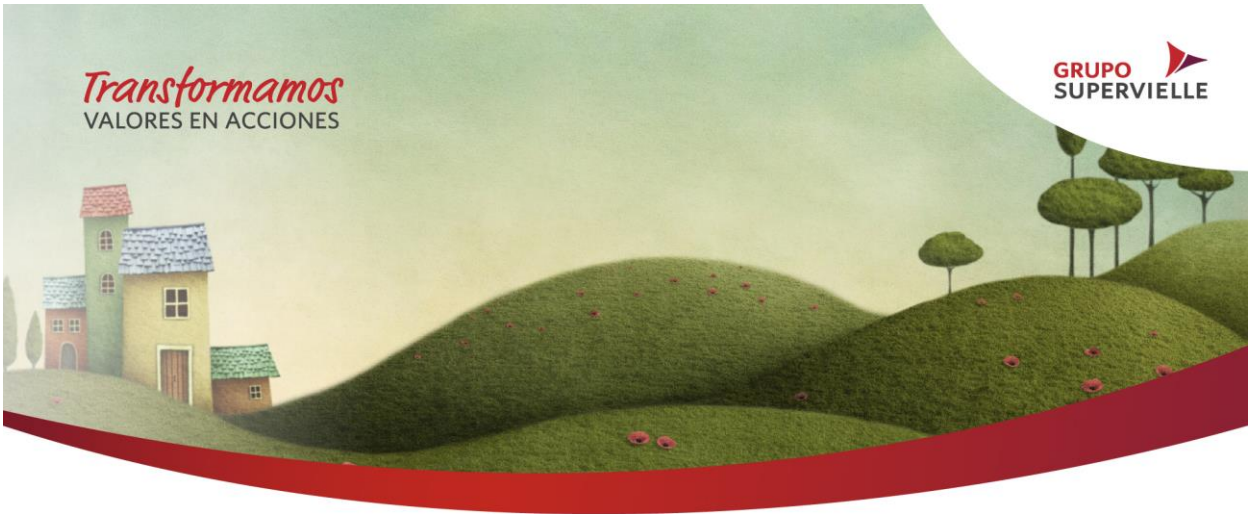
unas cuerdas o tomar algo después de cobrar, ni siquiera habían intercambiado números telefónicos. Durante el mes, si leían algo interesante, si se enteraban de alguna cosa que valiera la pena comentar, si veían algo llamativo o chistoso, lo guardaban en su memoria para charlarlo el día del encuentro. Se recomendaban películas y llegaron a prestarse libros. En una especie de pacto tácito pero inquebrantable, el banco era su único universo común.

Así empezaron a conocerse. Ella supo de su soledad empedernida y la confrontó con anécdotas de sus múltiples talleres, aunque en secreto lo envidió por haber sabido lograr eso que ella no podía. Por primera vez, él disfrutó escuchando el relato de alguna tropelía del nieto más pequeño de Marisa, y sufrió pensando que el suyo tal vez habría hecho cosas parecidas.

Un día, Marisa apareció con un bastón y Marcelo, en lugar de gestos comprensivos y frases complacientes, hizo algo que ella, en secreto, agradeció: le preguntó por qué le había sacado la tela al paraguas. Esa fue la primera de una serie de bromas que terminó con Marcelo protegiéndose del “paraguas sin tela” que Marisa movía con gesto amenazante.

“Me van a poner una cadera biónica, así puedo anotarme en la maratón”, anunció Marisa pocos meses después. Él le dijo que tenía una idea para que no gastara en prótesis: se ofreció a hacerle una pata de palo a medida con un viejo durmiente de quebracho que tenía en su casa. Ella le dijo que no entendía por qué todavía no había usado el durmiente para fabricarse un corsé que lo ayudara a mantenerse erguido.

Después de esa última conversación, Marisa dejó de aparecer por el banco. Marcelo sabía que ella iba a pasar las semanas posteriores a la cirugía en casa de su hija, que además se ocuparía de cobrar su jubilación. También había averiguado cuánto tiempo



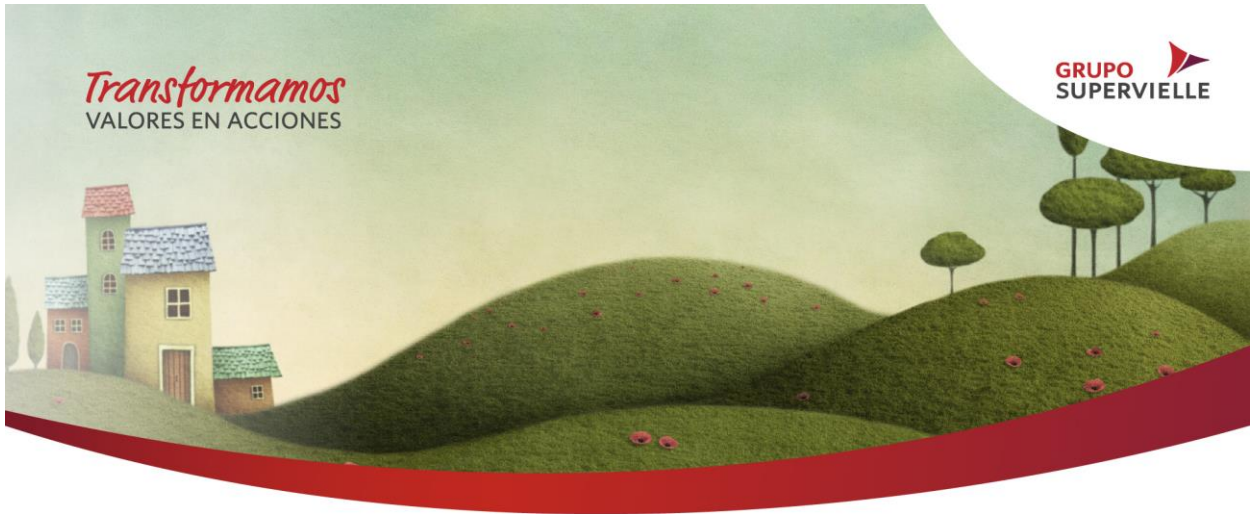
5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

demoraba reponerse de un reemplazo de cadera, por eso se impacientó solamente un poco cuando no la vio el segundo mes, pero el tercer mes empezó a alarmarse, y hoy tiene 70 años en la mirada.

En la pantalla aparece su número y Marcelo va hasta la ventanilla. Le tocó el cajero simpático, ese al que siempre le reclama billetes de diez mil para cargar menos peso en el bolsillo. Esta vez no hay chistes, y el cajero mira entre extrañado y apenado a ese hombre de rostro envejecido.

El mediodía está nublado y frío, y parece que quisiera llover. Antes de salir del banco, Marcelo se envuelve en la bufanda, se pone la campera y se calza la boina vasca que usa de pura coquetería. En el vestíbulo, la fila para los cajeros automáticos es nutrida, pero él no repara en esa gente; simplemente se detiene en el costado opuesto, mirando sin ver el ajetreo de la calle.

A punto de bajar el escalón del umbral, siente una leve presión en su espalda al tiempo que una voz le dice: "Esto es un asalto, arriba las manos". Marcelo se da vuelta: el arma en cuestión es una mano enguantada, y el rostro de la ladrona improvisada se disuelve en una carcajada. Los ojos de Marcelo vuelven a los 20, la boca no puede evitar la risa y los brazos esquivan las ganas de abrazar y se levantan en gesto de rendición. El mundo acaba de ordenarse. Sin saludos, sin preguntas, sin las frases formales que el reencuentro impone, Marcelo, esta vez sí, ofrece su brazo y dice lo que calló por tantos meses: "¿Tomamos un café?".



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

2do. premio:

Vendo Todo

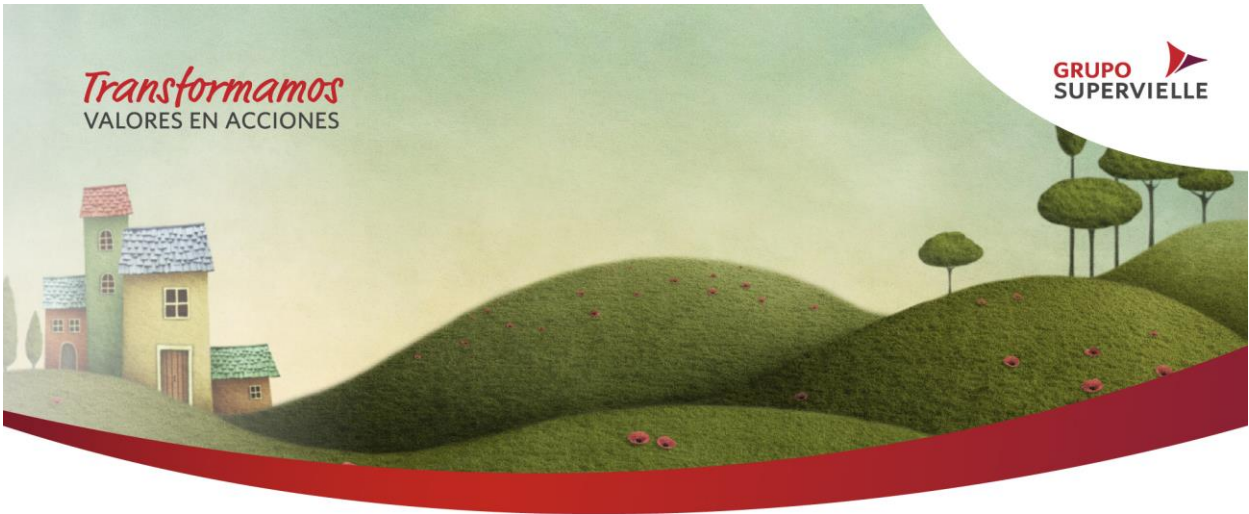
Por Liliana Beatriz Amuchastegui

Gloria

Cada día, a cada rato, repaso los avisos de compraventa de Facebook.

La experiencia me indica que, si uno no está atento, las mejores oportunidades se pierden en un minuto. El aviso que me atrajo mostraba la foto de un espejo antiguo, que a su vez reflejaba un secreter y un mortero de campo. Los precios no estaban publicados, cosa que me indignó, como siempre que veo cosas en venta y no dice cuánto cuesta. Para mí, el leitmotiv de una compra es el precio, aparte de que me guste el objeto. Si es muy caro no lo compro. Si es carísimo, juego a ofrecer un precio ridículamente bajo para humillar al vendedor. Me encanta fastidiar a la gente que pide locuras por sus cosas, sólo porque son suyas. A veces hasta me sale bien, y compro bellezas por monedas. Me fascinan las antigüedades, y las historias que suelen contar sobre ellas sus vendedores.

Aunque algunos no dicen nada que no sea indispensable, y hacen la venta como un trámite doloroso, un pecado, algo secreto.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Tengo mucho cuidado con las compras, porque uno se encuentra con personas desconocidas y hay que verlas en lugares también desconocidos: sus casas, o casa deshabitadas. En estos tiempos hay tanta cosa rara, aprovechadores y ladrones que uno no puede descuidarse.

Vi este anuncio un día que estaba aburrida y decidí molestar al que lo había puesto.

Dígame qué es lo que vende, el espejo, el secreter o el mortero, le puse con un montón de signos de interrogación. Lo vendo todo, señora, como expliqué bien en una sola foto para economizar.

Qué querrá economizar, pensé, pero uno en Facebook termina acostumbrándose a la gente rara.

Dígame cuánto pide por cada cosa, entonces. Según, me dijo un hombre que por la foto se veía viejo, serio, y decía llamarse Alfonso.

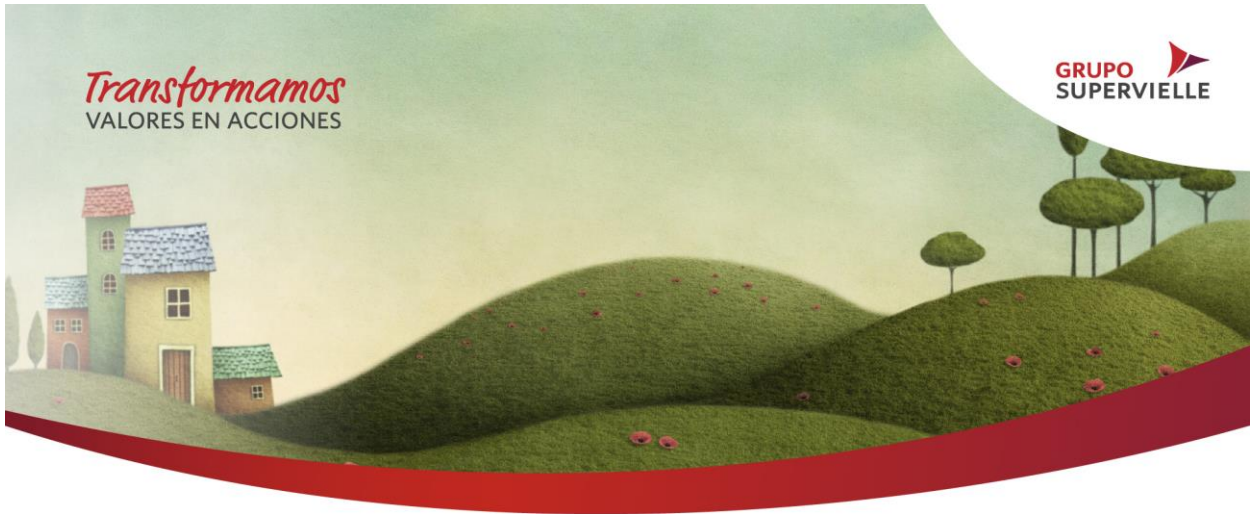
Según qué.

El uso que vaya a darle a cada una. Le explico: si usted es fea, el espejo cuesta 500. Si es linda, 1000. ¿Entiende? O sea que era un tarado que se hacía el gracioso.

Soy muy fea, así que le pago 500 ¿está de acuerdo?

Bueno, dijo, usted dispone.

Volví a mirar el espejo y era una pieza interesante, estilo colonial y bastante grande. Podía costar 5000, cómodos. Así que me convencí que el tipo estaba loco y cerré el chat.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Pasaron dos días, y el aviso seguía allí.

Por el secreter cuánto, volví a preguntarle.

¿Usted escribe? Me contestó. Informes, cartas, esas cosas.

¿Por qué?

Si escribe, cuesta 1000, si no escribe, 500.

Esta vez me convencí de su demencia y busqué cómo denunciarlo en el grupo de compraventa.

Pero antes de que pudiera hacerlo, porque no es tan fácil, me preguntó: ¿Los va a querer? Si no, los pienso regalar.

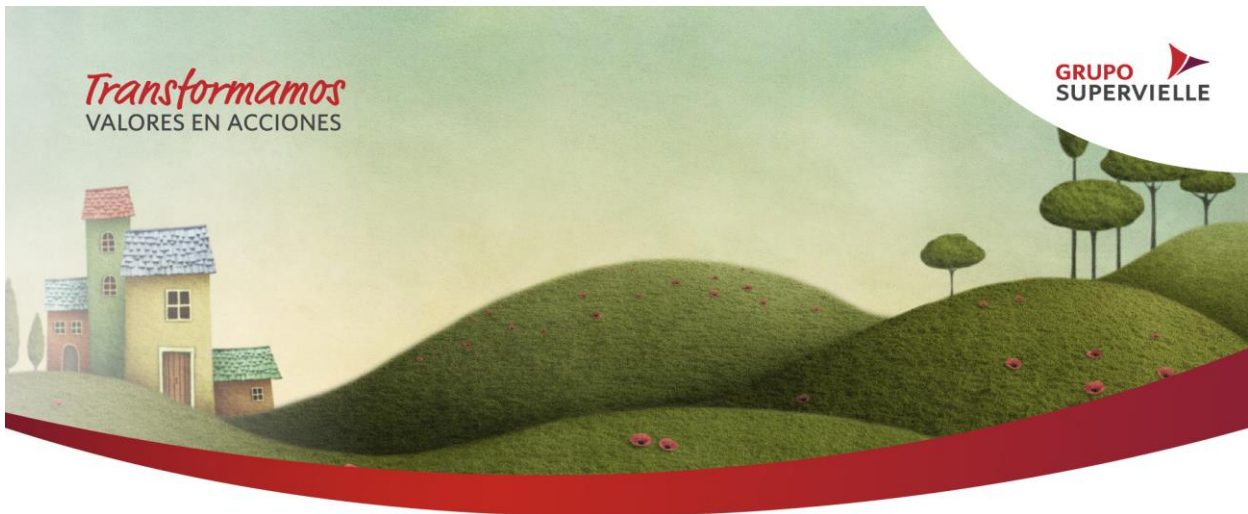
Sí, los quiero, le dije, casi sin pensarlo. 1000 pesos por esas antigüedades era absurdo, demasiado tentador... Y si estaba loco, qué. Y el mortero, ¿cuánto?

No sé, dijo. Cuando venga veo.

Me dio como un ataque, porque esas cosas me gustaban mucho. Habló de regalarlas, quizás era cierto. Le pedí la dirección, hicimos una cita.

Conseguí un par de amigos bastante dispuestos a la aventura. Si me acompañan, pago el asado, ofrecí.

Estén preparados para todo, les dije. Este viejo parece estar re loco, vaya a saber con qué nos encontramos.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Siempre es así en estos grupos, hay chorros, oportunistas, desubicados. Siempre chequeo y voy con cuidado.

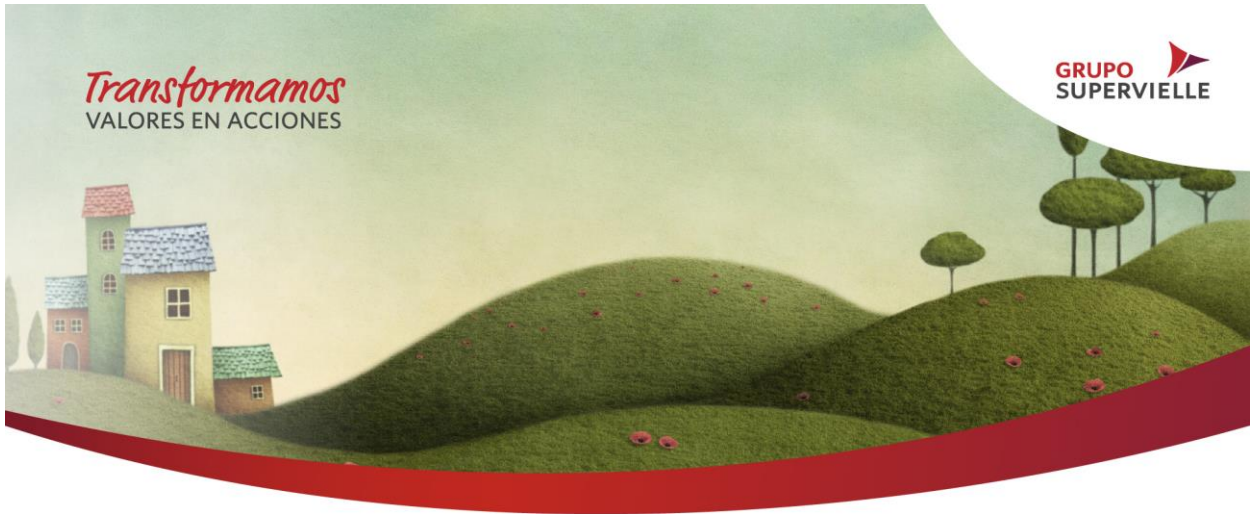
Vivía en el Cerro de las Rosas. Le pedí que tuviera las cosas listas en la puerta para cargar rápido. Bueno, dijo. Hora: tres de la tarde.

La cuadra era silenciosa, las casas con jardines cuidados, y una en especial tenía un jazmín florecido que perfumada todo alrededor. La del aviso parecía enorme, con dos pisos y techos de teja. Una santa Rita colorada trepaba al costado de un ventanal. En la puerta del garaje, casi sobre la vereda, como escondidos en un ángulo, estaban el espejo, el secreter y un robusto mortero antiquísimo. No había nadie.

Me bajé del auto con uno de mis amigos, y esperamos. Tenía la mano en el celular con el número del policía marcado, y la plata en el bolsillo. ¿Alfonso? Llamé. Un flequillo se asomó lentamente detrás del secreter. Después apareció toda la cabeza y el chico, con una remera desteñida de Talleres, enorme. ¿Usted es la compradora del Face?

No tenía más de nueve años. Sí, soy yo. ¿Vos quién sos? El nieto de mi abuelo. De Alfonso. Me dijo que te diera las cosas.

Ajá. Y dónde está tu abuelo. Duerme. Me dijo que me pagues, y te lleves esto. Pero vos no sos fea, así que son dos mil por todo. Era moreno y bastante aplomado. Me hablaba firme, parecía que me estuviera retando. Cruzó los brazos y me miró directo a los ojos, con el mentón levantado. Ah, no, necesito hablar con él, le dije. Se encogió de hombros y curvó la boca. Un ademán chocante de insolente. Si no lo querés, lo guardo. Decime. Me acerqué al mortero y lo toqué: quebracho, una belleza. El secreter tenía olor a madera, y el espejo con marco tallado, imponente. Miré a mi amigo. Miró al chico. Cómo te llamás. Luis.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

¿Y tu abuelo, Luis, ¿te deja hacer esto? Vender, cobrar... Claro, está enfermo... Mi amigo me preguntó si las cosas estaban bien, miró a su alrededor y al fin dijo: Está bien. Pagale.

En un instante cargaron todo. Le di la plata al chico y nos fuimos rápidamente, no sin antes comprobar que la cuadra estaba vacía. Mis amigos apreciaron la compra, y me preguntaron dónde pondría todo eso. Les contesté que ya vería, que quizás las revendiera. Una mentira, porque jamás vendo nada.

Mientras comíamos el asado, apenas comentamos el episodio. Ellos siempre prefieren hablar de fútbol.

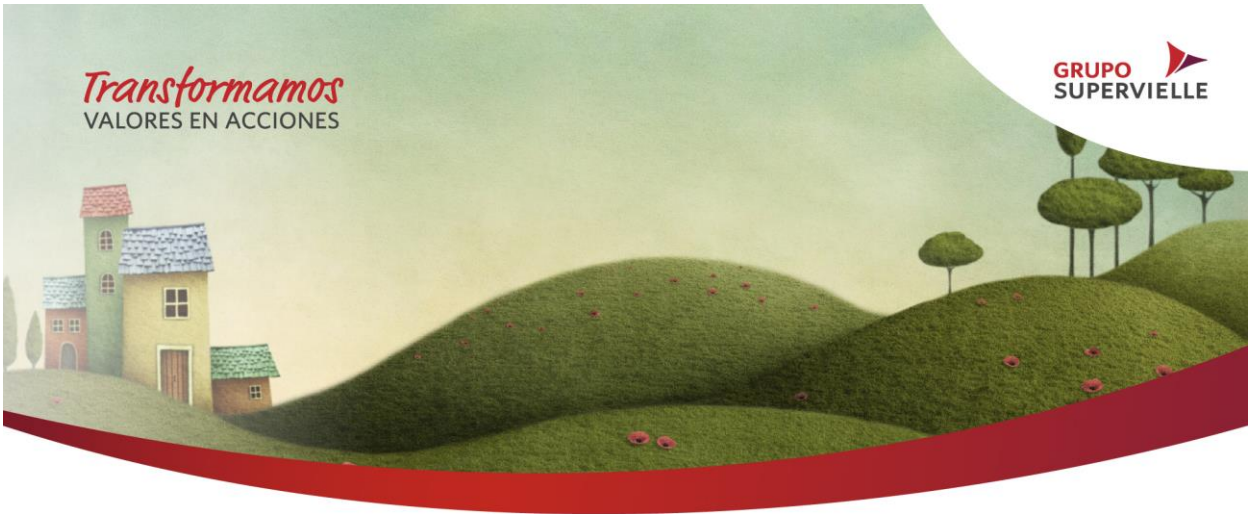
Yo todavía, después de un año, sigo esperando que alguien venga a reclamarme las cosas.

Luis

Abuelo y yo tenemos un pacto secreto.

Lo hicimos el día que le dije que quería estudiar música, y le pedí un piano de regalo. Fue para mi cumpleaños de ocho.

Él se quedó pensando un rato, y al fin me dijo que no tenía plata para comprarme un piano, aunque le hubiera gustado. Tu padre tiene toda mi plata, me dijo. Ya lo conocés. Es un miserable.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

No me gustó que dijera eso de papá, pero era cierto, y más vale no contestarle al abuelo porque se pone como loco y grita mucho.

Pero podemos hacer algunas cosas, me dijo riéndose un poco, para juntar plata. Claro que tiene que ser un secreto entre nosotros.

Acepté. Abuelo sabe lo que hace, aunque a veces mis padres dicen que está loco y le pusieron a Rosa para que lo cuide todo el día.

A mí no me parece loco, y me gusta estar con él porque siempre me cuenta historias fabulosas.

Rosa a veces se va un rato, y nosotros hacemos algunas cosas prohibidas. Una es comernos todo el chocolate que yo traigo de casa.

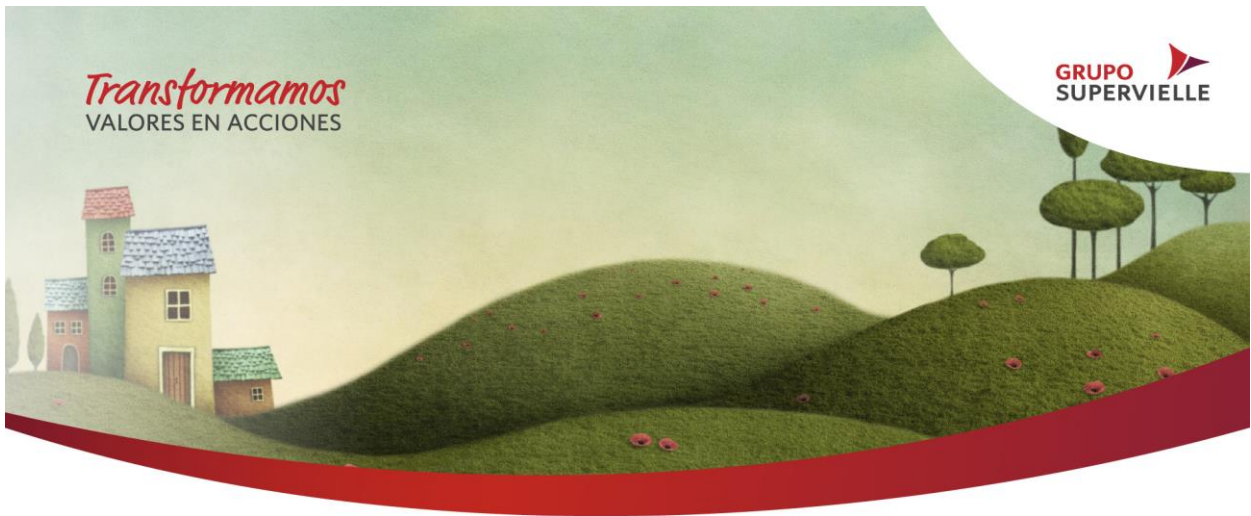
Otra es mirar fotos de chicas desnudas en unas revistas que abuelo esconde en un doble fondo del ropero.

También a veces nos tiramos eructos y hacemos campeonatos a ver cuál es más fuerte.

Así que cuando me explicó el plan para juntar plata y me mostró su celular, me hizo jurar que no le diría a nadie. Su teléfono era un secreto, porque el médico no se lo permite. El opina que los médicos son unos boludos y que no hay que hacerles caso. Yo pienso lo mismo.

Me enseñó a usar el Facebook en los grupos de compraventa.

En esta casa, me dijo, hay muchas cosas que solía comprar tu abuela. Cosas de más. ¿Te has dado cuenta? La verdad que no me había fijado en eso, pero era cierto: hay millones de cosas en la casa de abuelo.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Abuelo me explicó lo importante que era el secreto, porque si nos pescaban íbamos a ir internados. Así dijo. No sirven para nada, y nadie se va a dar cuenta que faltan. Así que las vamos a vender. Hasta que juntemos la plata para comprar el piano. ¿Te parece?

Lógico, me parecía de lo más bien.

Yo tenía que poner los avisos de las cosas que él me fuera indicando.

Y además quiso que yo pusiera los precios y negociara con los compradores para que fuera aprendiendo un oficio. No quiero que te pase lo que, a mí, me dijo, que tuve que ser abogado y nunca supe ni comprar una curita.

Teníamos que juntar quince mil, que era lo que costaba un piano en face.

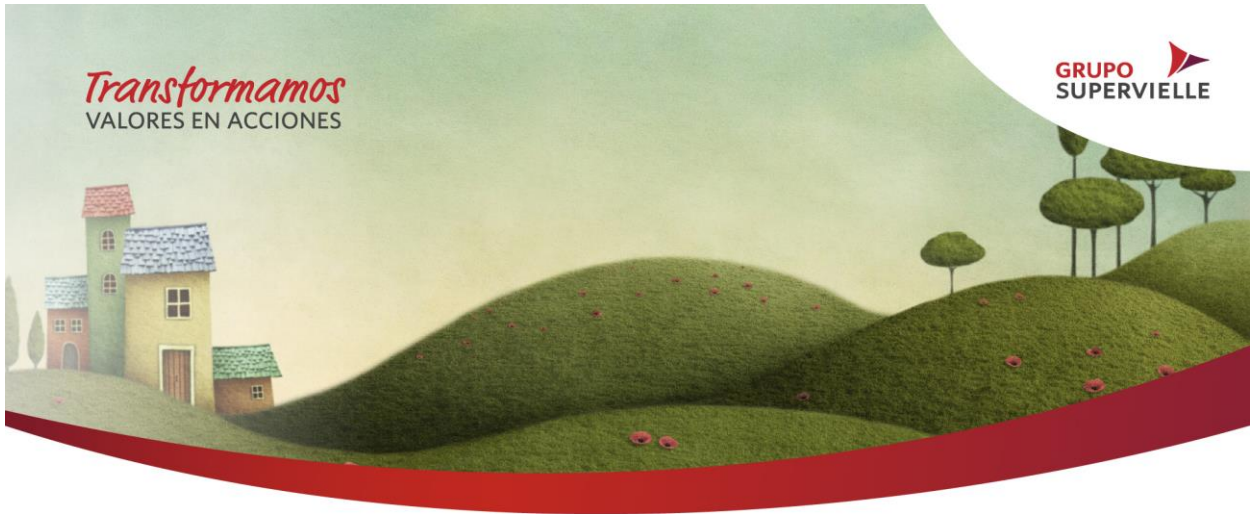
Lo primero que me dio para vender fue un mortero, un espejo y un secreter. Pone los todos juntos, me dijo. Esas porquerías viejas sólo le gustaban a tu abuela.

Nos está yendo bastante bien. Hace un rato una mujer compró todo y ya tenemos dos mil. Los hemos guardado en el doble fondo del ropero.

Alfonso

Hoy hace un año que hicimos la primera venta con Luis.

Este nieto mío es un fenómeno. No es que a los otros no los quiera, pero a éste mucho más. Me doy cuenta porque me dejaría cortar la cabeza por él, no sé, haría cualquier locura con tal de darle un gusto y verlo feliz.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Siempre sospeché que lo habían comprado. Todos me dijeron que estaba loco, que cómo se me ocurría. Pero yo lo supe apenas lo vi: horrible, arrugado y negrito. Nosotros somos todos rubios, es tan claro que no se parece a nadie. Mi nuera tenía problemas, perdió dos bebés. No la vi embarazada, estaban en Misiones, y de repente aparecieron con este chico. Al principio no soportaba mirarlo, así que ponía excusas para evitar cualquier contacto.

Pero un poco para guardar las apariencias, empecé a visitarlo una vez por semana.

No sé por qué, él me eligió. Apenas yo llegaba a la casa, se le cambiaba el humor. Me miraba atentamente, me sonreía, y después me tiraba los brazos. Sólo lo hacía conmigo, y era el comentario general.

Empecé a visitarlo más seguido, y pronto nos hicimos inseparables

Gracias a él, me acerqué un poco más a mi hijo. También mi mujer me perdonó un par de canalladas antiguas, porque parece que mi humor había cambiado.

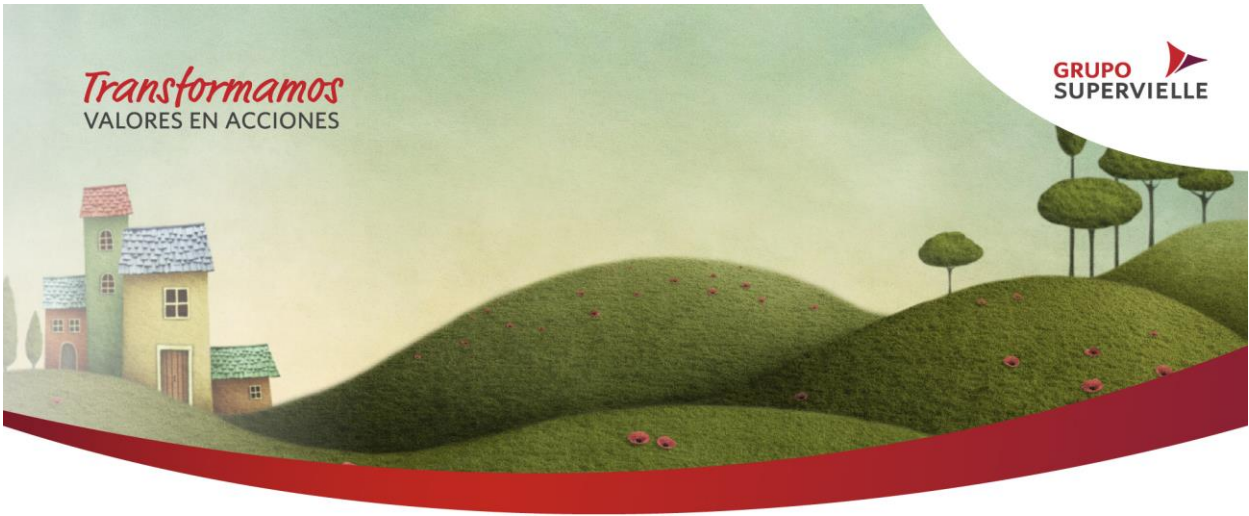
Cuando enviudé, querían internarme.

Luis puso el grito en el cielo. Con sus pocos años ya logra imponerse. Sí, es un fenómeno. Me dijo; abuelo, no te preocupes. No voy a dejar que te lleven.

Y así fue. Me pusieron una empleada tremenda que me controla. Me quitaron la plata y el celular, pero me dejaron a Luis. Siempre que puede, se viene a casa.

Es fantástico. Caradura, fuerte, distinto.

Me trae chocolates, yo le muestro fotos de minas en bolas. Aprendió a vender en menos de lo que canta un gallo.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Siempre lo estoy esperando, porque ya casi amigos no me quedan. Él es mi gran amigo.

Así que cuando me pidió el piano de regalo tuve claro que de alguna manera se lo iba a comprar.

Como estos cretinos ya no me dejan manejar mi plata, ideé un plan maestro.

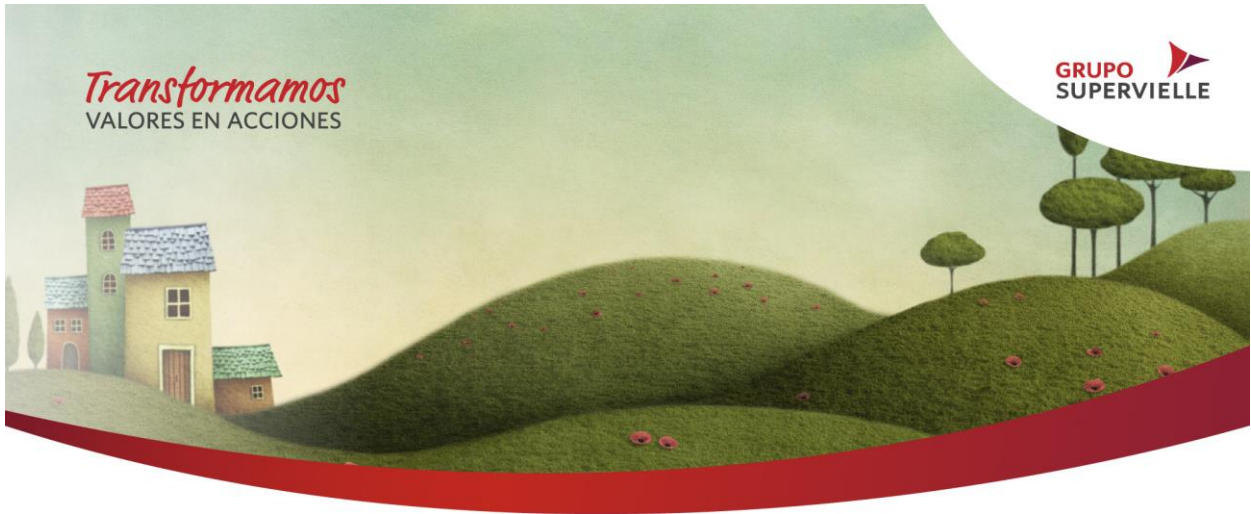
Con Luis vendimos un montón de tesoros antiguos que tenía mi finada. Lindos, caros, frívolos.

Mis hijos no se han enterado, ni se entrarán jamás porque creen que soy un viejo desquiciado e inútil.

Puede ser que esté algo loco, pero eso es lo de menos.

Lo más importante es la cara de Luis cuando esta tarde se sentó al piano.

Atacó con todos sus dedos el teclado, y para mí la felicidad fue perfecta.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

3er premio

Como recién acunada

Por Elsa Gloria Galdamez

Ella rasgaba la envoltura de las palabras hasta percibirlas desnudas y palpitantes. Buceaba en sus honduras, modulando matices infinitos. Luego elevaba sus manos y las soltaba. Las palabras ascendían como pájaros encendidos de amanecer y el poema se esculpía en el silencio.

Extraía poemas de los rostros, de los gestos, de los trozos de noche que se estampaban en su ventana, del diáfano cielo que jugaba a las escondidas entre los árboles, del brillo del agua que lame las piedras, del murmullo estremecido del viento. Así escribía:

La noche empuja

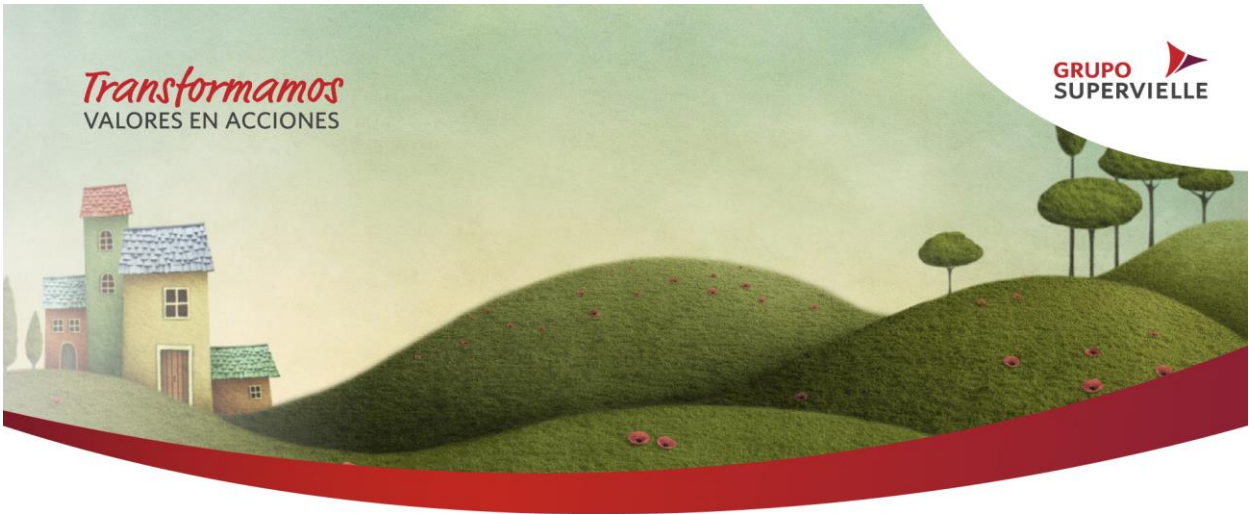
las últimas luces,

les cierra la puerta.

Se dispone a indagar

sutiles secretos

cuando el sueño



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

aquieta conciencias.

Los guardaba en papeles arrugados. Decía que eran flores cristalizadas que volverían a la vida cuando alguien los leyera. Los consideraba mensajeros, prestos a develar signos en tiempos cercanos.

Un día decidió no salir más a la calle. El aire le era esquivo lejos de sus creaturas.

Se hacía traer los pocos comestibles que consumía por el chino de la esquina. Apenas entreabría la puerta.

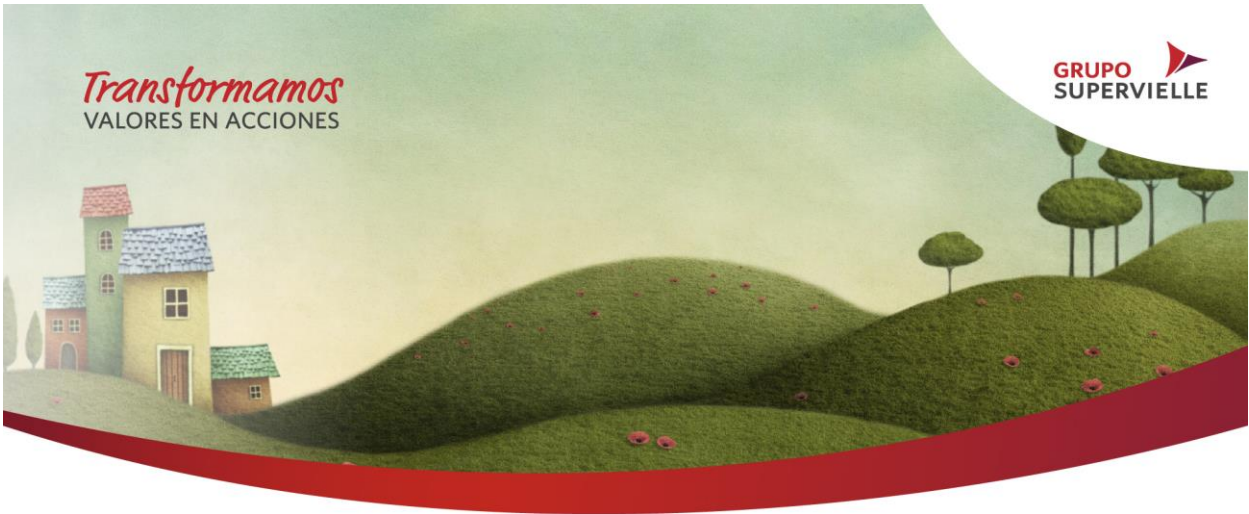
Estaba segura de que los poemas tenían vida. Intuía que, sedientos de libertad, escaparían, pero aún no era el momento, debían ser miles para no morir en voz baja. Comenzó a enlazarlos a las columnas de su casa. Pronto comprendió que nada los anclaba, que eran ríos sin amarras. Les dio permiso para jugar en el exacto momento en que supo que ellos eran ajenos a los mandatos. Libres desde siempre, eran felinos que saltaban de un mueble a otro.

Nacen...

a veces brisa, a veces huracán,

a veces susurro, a veces grito,

a veces caricia, a veces herida.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Intentó ordenarlos. Ellos reían como si les hiciera cosquillas. Se deshacían en escuetos caos, emergían en desfiles marciales que trocaban en danzas llameantes. Se colgaban del aire, del cielo. El orden era imposible.

Ella era feliz, sentía que gestaba puñados de luz, solía tener épocas serenas, como crepúsculos de otoño, y otras de furor poético. En uno de esos furores se le terminó el papel y empezó a escribir sobre las paredes, los techos, los espejos, los cristales. Cuando ya no encontró espacio, adicta, abrió el placard y escribió sobre sus vestidos, sus sábanas, toallas y manteles. Exhausta, se recostaba sobre la piel de los poemas. La luna, testigo fiel, se deshacía en hilos que revestían de oro y plata las palabras que ella había escogido.

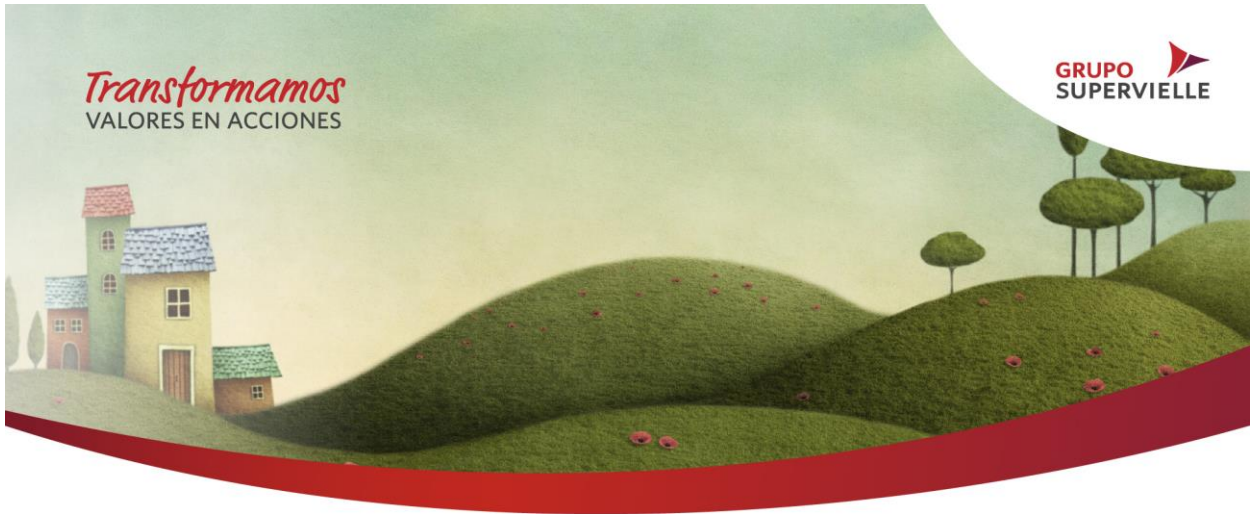
Se comunicaba con sus amigas por teléfono. Sus conversaciones eran lacónicas y las cortaba de manera abrupta, porque alumbraba poemas constantemente.

-Que no. Ahora no tengo tiempo. Otro día. Será pronto. Adiós.

Cuando no quedó más espacio, comenzó a escribir en su piel hasta cubrirla palmo a palmo. Los tatuajes serpenteaban remontados en colores iridiscentes. Los poemas se tendían las manos y construían una red de equilibrista que ella transitaba descalza y con los brazos abiertos. Otras veces, los poemas la envolvían en oleadas y ella sentía que en su alma aleteaba una paradoja de intensa libertad.

Se agrieta la luz.

El amor trae



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

de la mano

memorias de vida.

Una mañana no atendió el teléfono. Sus amigas insistieron durante días. Luego fueron a indagar. El chino las confundió con inspectoras de la AFIP, tal vez por los tailleurs y las carteras. Puso cara de perplejidad:

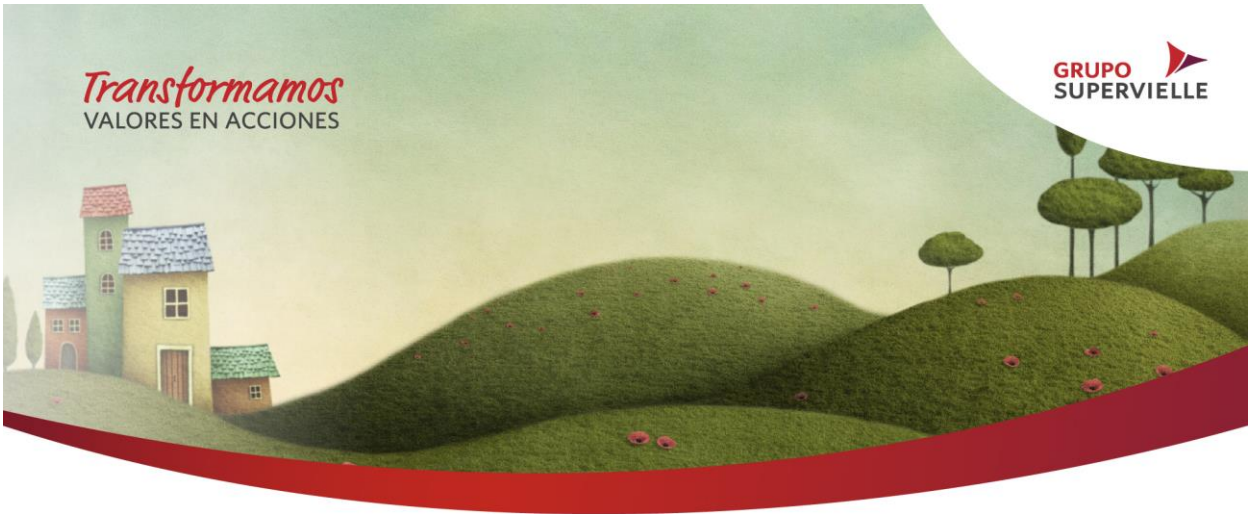
-Mí, no entiende.

Cuando le describieron a la mujer, se le suavizaron los gestos y les explicó, en un castellano cincelado a la fuerza:

-Día a día, llevé alimento. Si ella apertura poca puerta. Ella daba dinero. Saludaba. Cerraba veloz.

En el mismo tono les explicó que desde hacía tres días no le abría la puerta. Supuso un viaje. Les contó que cuando quiso mirar por la cerradura, una palabra vestida de rocío le tocó el ojo con un guante de encaje; esto último dicho en perfecto castellano.

Las amigas consideraron que el oriental padecía estrés post-migración y partieron a entrevistar al encargado del edificio, hombre autóctono que debía tener anclaje en la salud mental. Él, apoyado en la escoba, les relató que, mientras limpiaba el pasillo, la oyó hablar con personas que reían como niños y que, frecuentemente, por la cerradura salían estrellitas que se desintegraban en chispas. Desde hacía unos días le llamaba la atención el silencio.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

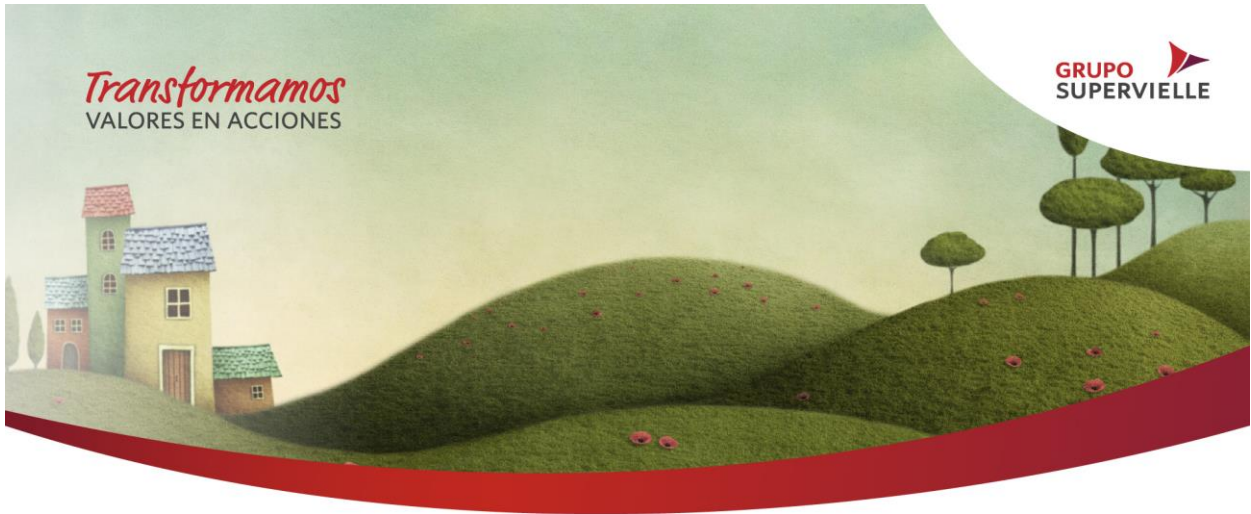
Las señoras comprendieron que no había cordura confiable sobre esta tierra. Decididas se dirigieron al departamento de la amiga y abrieron la puerta con la llave que habían intercambiado hacía ya tiempo, "por si un día llaman y no puedo abrirles." Cuando lo hicieron, fulgores de olas, destellos de fuego, cantares de agua, vientos azules, tierras frutales, manos de ángeles, sonidos de cristales, olor a pan caliente, sorprendieron sus sentidos y detrás de todo, la voz de la amiga urgía: - Al fin llegaron, es hora de liberar poemas.

Se miraron y sin mediar palabras, corrieron a abrir ventanas, puertas y tragaluces y cuando la última palabra escrita traspuso la puerta, se abrazaron, como solo las amigas del alma saben hacerlo después de un alumbramiento.

Los poemas, presurosos, ganaron la calle.

Se recuestan en el horizonte, juegan detrás de los puntos cardinales, se hamaican en el viento, besan la transparencia del día, inventan rondas atardecidas. Se deslizan por la rutina, conmoviéndola. Cantan al oído de los pasajeros, colocan barquitos de papel en los charcos, miran con ojos inocentes, se trepan a la luz de las estrellas.

Dicen que desde que abrieron la puerta de la escribiente, la ciudad parece estar envuelta en una alquimia que exhala milagros y tiene otro latido, como de poesía recién acunada.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

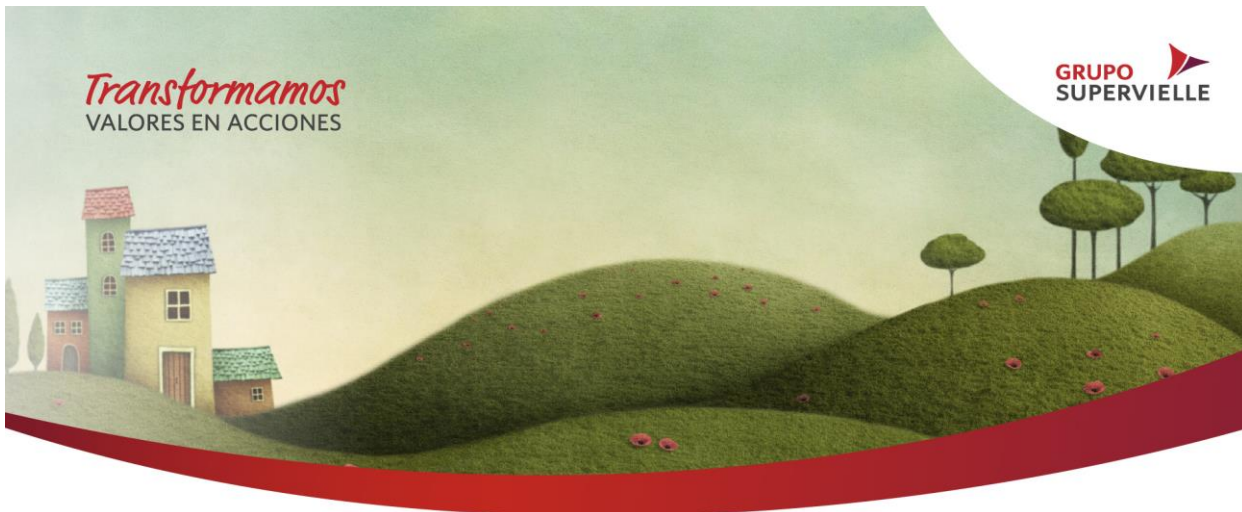
El tío Jaime

Por María Inés Malchiodi

Te voy a contar la historia de mi tío Jaime, el que siempre andaba apurado para irse de fiestas.

Tenía unos cuántos años más que mi padre, pero desde chicos salieron juntos, buscando la diversión después de tantas horas de trabajo arduo en el campo. Se empilchaban que daba gusto, rasuraban bien la cara, recortaban el bigote y partían. Aunque a mi viejo apenas le asomaban unos pelos hirsutos en el borde de la quijada, pero igual, le hacía que se pasara la maquinita para quedar con la piel suave, como de niño recién parido.

El tío Jaime tenía unas pilchas nuevitas, relucientes, que guardaba con mucho celo en el fondo del ropero allá en el rancho y las usaba nada más que para los fines de semana, cuando salían para tener fiestas en algún lugar del pueblo. A mi viejo apenas si le daba unas chirolas para que tuviera en el bolsillo por si alguna vez se le antojaba algo raro, pero no era cuestión de andar gastando en pavadas. Solo si surgía algo de momento, y no estaban tan cercanos como para andar rasguñando los bolsillos buscando algo que les permitiera tirarse una cana al aire, según se presentara la fiesta. Desde la tarde anterior sabían que al día siguiente no se trabajaría hasta tarde. No se comía demás, por las dudas que se descompusieran en los bailes, tanto hamacarse en los compases de las milongas y las cuecas. Era puro jolgorio saber que podrían bailar con las chicas, engordar el ojo para que dure hasta la semana que viene...



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Mi viejo era demasiado chico para enamorarse en serio, decía el tío Jaime.

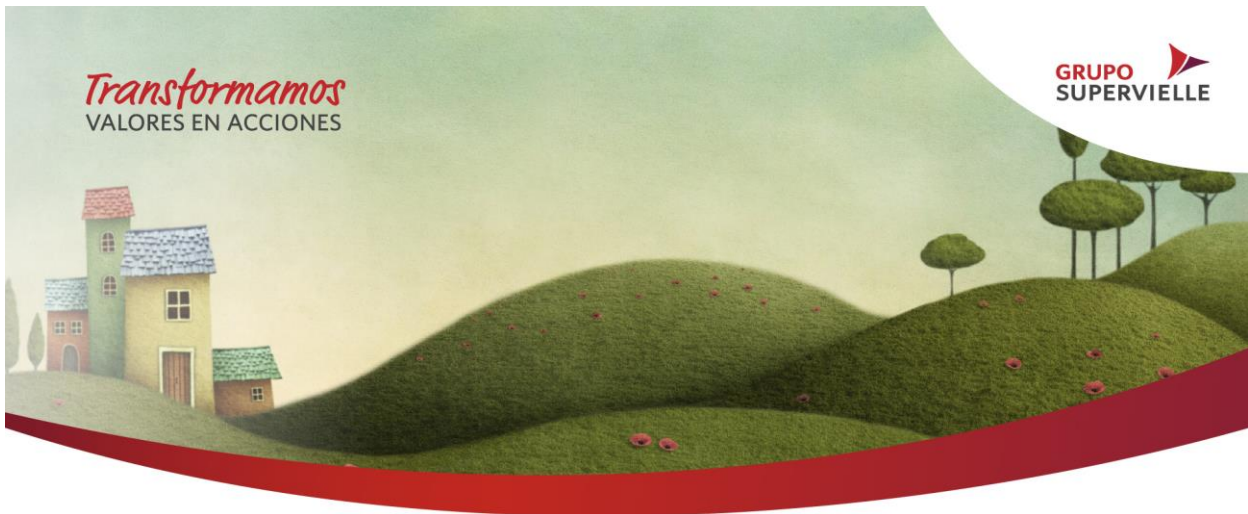
Si al final de cuentas, él mismo era un solterón empedernido que había jurado no volver a buscar a nadie que le propinara lisonjas y caricias robadas a las estrellas, detrás de la enramada de los patios donde se celebraban las fiestas.

Tenían la costumbre de beber hasta que las velas no ardieran, pero siempre, debían volver juntos para las casas, no fuera cosa que en el entrevero de las despedidas, alguno quedara tirado en una acequia de pura curda nomás...

La música era la invitación primera para los bailes comunes, cuando se miraba a la chica y se le hacía la cabeceada, ese murmullo de ojos y sonrisas demasiado esquivas, por si la niña decía que no, y no quedaban expuestos a la negativa.

Mi viejo no pretendía mucho, todavía era muy joven; pero el tío Jaime ya andaba medio desesperado buscando alguna niña de su casa que supiera de los quehaceres del día y las bienaventuranzas de la noche, sin haber pasado demasiado por los catres ajenos y las sábanas de paja de los graneros. Había que ser un poco cauto, no era cuestión de andar desparramando ilusiones entre algunas que no tenían merecido.

Salían después de la última comida de la noche, los viernes de casi todas las semanas. Ya sabían de antemano con quiénes se encontrarían en el baile, cómo se saludarían con las manos francas, extendidas y fuertes en el apretón que dejaría la impronta de la sinceridad del guapo que trabajaba bien la tierra. Mi viejo apenas si tocaba el ala del sombrero en el saludo, y en seguida extendía su mano un poco temblorosa, disimulando su timidez. Sólo iba de acompañante del tío Jaime y nadie preguntaría por él si algún día no llegaban juntos. El muchacho tendría que hacerse hombre, quemarse el garguero con la ginebra y darle un toque de macho a su voz cambiante de aquella época. Tenía que aprender a beber y a no caer. A bailar y no sentir, a querer y no enredarse en la partida. Todo eso pensaba el tío Jaime cada vez que salía con mi padre en busca de una noche

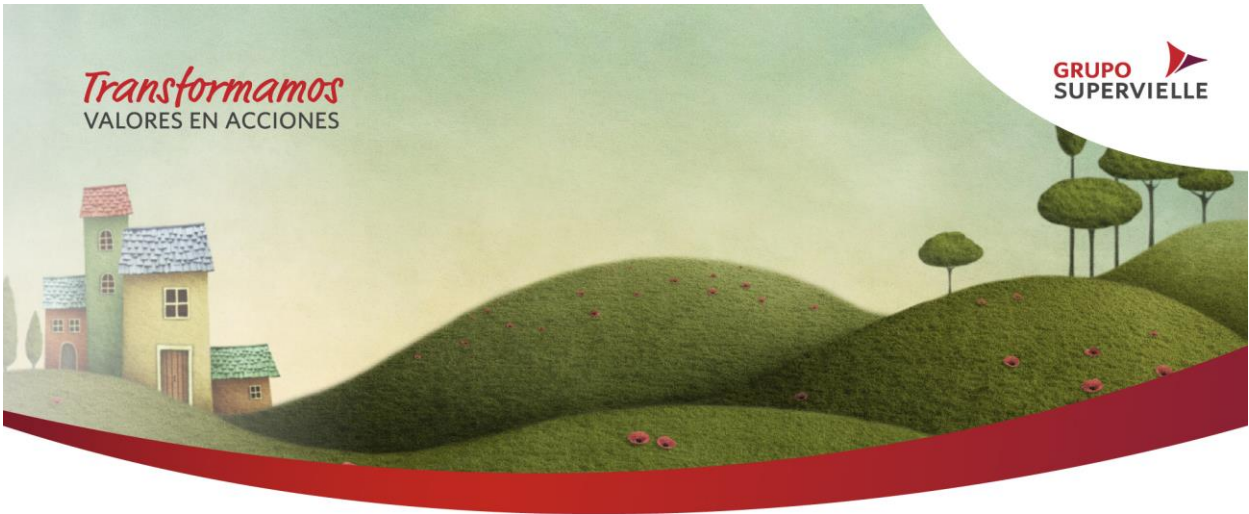


5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

de parranda y vino. Las trancas eran machazas. Venían zigzagueando por las banquetas, a veces de a caballo, otras en el carro de algún vecino, tirados sobre los fardos, mirando para arriba. Cuando la noche se empañaba de rocío la curda se hacía más cruda, apenas si reconocían. Les dijeron que para llegar más erguidos a las casas, tendrían que valerse de algún jugo de hinojos y cenizas, pero dónde hallarlos en las amanecidas borracheras de tío y sobrino.

Las chicas eran siempre las mismas. No había demasiadas variantes entre las que venían al baile cada viernes, apenas si cambiaban los vestidos. Pero una noche, bien brillante la luna sobre los postes del camino, el tío Jaime volteó la vista y allí la vio; una niña preciosa, pura sonrisa en el rostro, el pelo cayéndole en rizos cobrizos sobre los hombros, una seda brillante ciñendo apenas la curva de sus caderas firmes, anchas, buena matrona sería. La invitó a bailar llegándose hasta la mesa. No era cuestión de andar con vueltas, ni medias sonrisas. Cruzó todo el salón para acercarse donde la chica estaba rodeada de tías y comadres, como corresponde a una verdadera joyita que sea digna. Pidió permiso a las viejas, ninguna le miró el rostro. Alguna de ellas bien hubiera querido que el tío Jaime la llevara al centro de la pista. La niña puso su mano sobre la del hombre. Una mano firme, pequeña, blanquecina. Toda ella era blanca, transparente, cristalina. El soplo de un ángel parecía. Bailaron toda la noche. Entre trago y baile, la mirada del tío se hizo nublada, los pasos lánguidos, las voces apenas susurros de muselina.

Mi viejo se quedó a un costado, esperando que la música callara y los de la orquesta decidieran dar por terminada la velada. Medio mareado, medio cansado, hastiado por la espera, salió al patio. El cielo estaba clareando, se cernía un frío húmedo que calaba los huesos hasta hacer rechinar los dientes. La curda de esta noche sofrenaba el paso, pero había que esperar al tío. Mientras limpiaban la barra, le ofrecieron otra caña, y la mandó de un solo trago. Para calentar la fibra, pensó, y miró para donde estaba su compañero. En eso, vio que salían. La niña ya no tenía a sus acompañantes que la esperaban. Nadie más que ellos quedaban a las puertas del baile, y entre mareos y suspiros, el tío Jaime



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

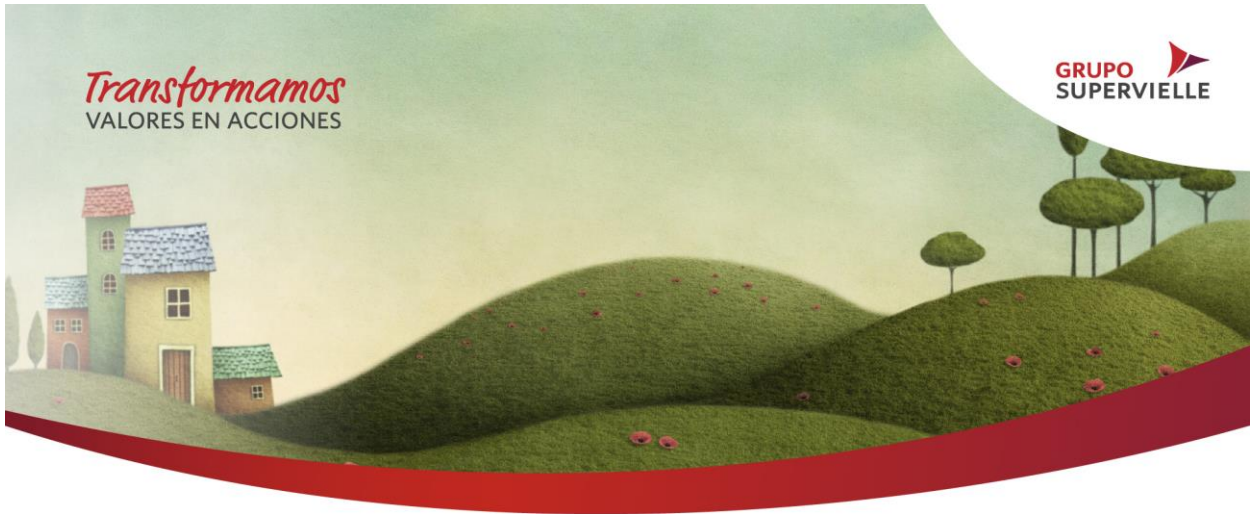
se quitó el saco para cubrir los hombros de la muchacha que temblaba, entre el amanecer y el rocío.

Tenían que acompañarla hasta la casa, y emprendieron el camino. Había caballos para dos, y ella no quería montar. Mi viejo subió a su zaino. El tío de a pié fue llevando a la yegua de tiro, y a la niña del brazo. Por un tramo largo fueron zigzagueando, llenándose de tierra las botas, escurriéndose en las cunetas, saltando charcos y escuchando gallos tempraneros. La chica le agradeció por esa noche de fantasía... se colgó de su cuello, lo besó con tierna cadencia mortecina, apenas el roce de su labio sobre la cara curtida.

Llegaron a la casa y el tío prometió visita para el día siguiente, y al otro y al que vendría. La chica le dio una rama de poleo de la planta que había en la puerta del rancho, y el tío Jaime la guardó en su pecho, acaso queriendo amortiguar el hedor de tanto vino. La muchacha cortó otro ramito, lo olió despacio, impregnando todo su cuerpo con olor a sierras amanecidas.

Por obra de Dios habían llegado caminando hasta el lugar; habría que ver si los animales se animaban a encontrar el rumbo hasta las casas y dejarlos que el sueño borrara los rastros de aquella tranca. Tan boleados estaban los dos, uno de sueño y otro de amor, que ninguno creyó que el alcohol fuera el motivo por el que estaban felices, babeados, distendidos; aunque la cabeza comenzara a girar en órbitas más amplias, y el martilleo de las sienas se sintiera como el galope de sus animales.

- Qué te pareció mi china, sobrino? – dijo el tío Jaime al día siguiente, como a las cinco de la tarde cuando despertó de su siesta. Era feriado y no tenían las obligaciones del trabajo en el campo, podrían dormir a pata ancha hasta que se les acabara la resaca.
- Bonita, tío. Volverá a verla?



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

- Ya mismo me voy a su casa. Le dije que al atardecer estaría buscándola para dar un paseo.

El tío Jaime partió solo y fresco. Ni rastro de la borrachera de la noche anterior, ni de las de siempre. No había pasado nada por ese cuerpo, más que la dulzura de esa niña por la que convenía andar los pasos aunque fuera a pie para llegar a la casa del poleo en la puerta.

Golpeó las manos, y al rato, apareció una vieja. Preguntó por la chica. Matilde se llamaba. Al menos, eso le dijo entre los bailes y las risas.

- Acá no hay nadie con ese nombre, dijo la mujer con sorpresa.

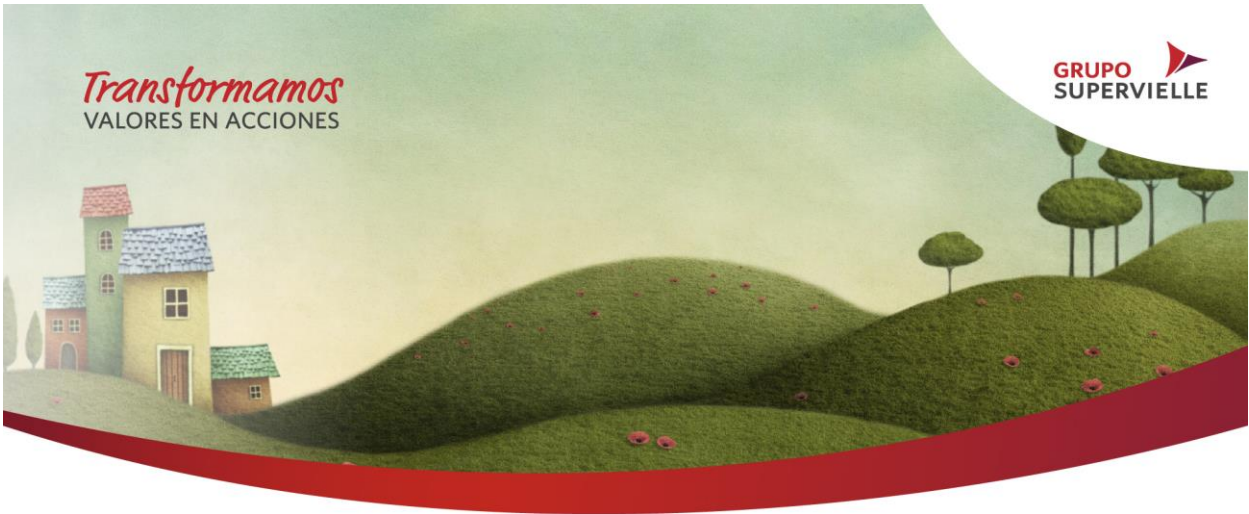
- Mire, doña. Anoche acompañé a su casa a una chica, estaba con usted y las comadres en el baile de La Petra, recuerda?

- Pero aquí no hay ninguna niña, ni con ese nombre ni con ninguno. Se ha equivocado de rancho, amigo- dijo otra vez la vieja.

Salió un hombre. Llevaba puesto un sombrero grande, gastado y mugriento. No se parecía en nada a la chica. Ni por las tapas hubiera dicho que eran parientes de la niña de la noche anterior.

El tío Jaime volvió unos pasos hacia atrás. Miró en derredor, tocó la planta, recorrió las pequeñas ramas hasta dar con la cicatriz fresca de unos cortes. Si era allí donde dejara a Matilde, por qué negarla, si la dejaron bailar toda la noche...Buscó las huellas. Había pisadas frescas de caballos. Botas de hombre marcadas en la tierra. No cabían dudas. Era la casa, era la puerta, era la planta de poleo y el recuerdo.

Por qué negarla, volvió a preguntarse en medio de tanta tierra.



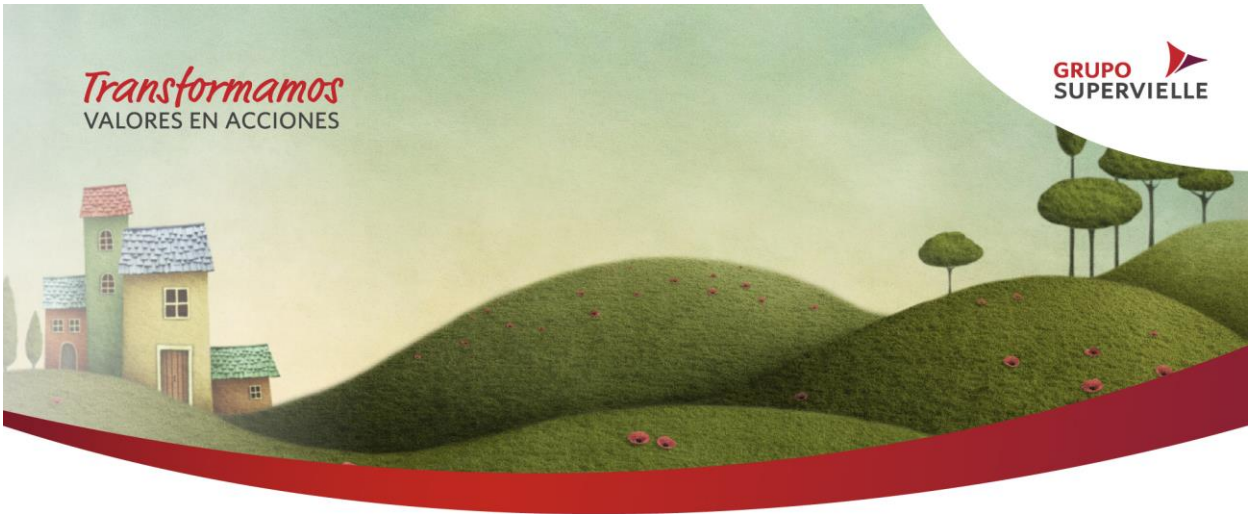
5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

- Puedo pasar? - preguntó el tío Jaime, en un último intento de encontrarla...
- Mire, don Jaime - dijo el hombre, entrejuntando las cejas. - Matilde hace mucho que se ha ido de esta casa. Era m´hija, sabe? Pero no le haga más preguntas a la vieja. La va a poner triste. No vale la pena. Matilde murió hace mucho... M´hijita es una estrella que titila de esperanza cada noche. Pero usted no vuelva.
- No puede ser, dijo Jaime. -Yo vine aquí, mi sobrino me acompañaba. Él no me dejará mentir... déjeme entrar, seguro no quiere que yo la vea.
- Pase... si usted desea...

El tío Jaime entró.

En un extremo de la cama de hierro del cuarto de Matilde, colgaba el saco con que la noche anterior, la cobijara del frío.

A los pies de la cama yacía, apenas mustio, un ramito de poleo...



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

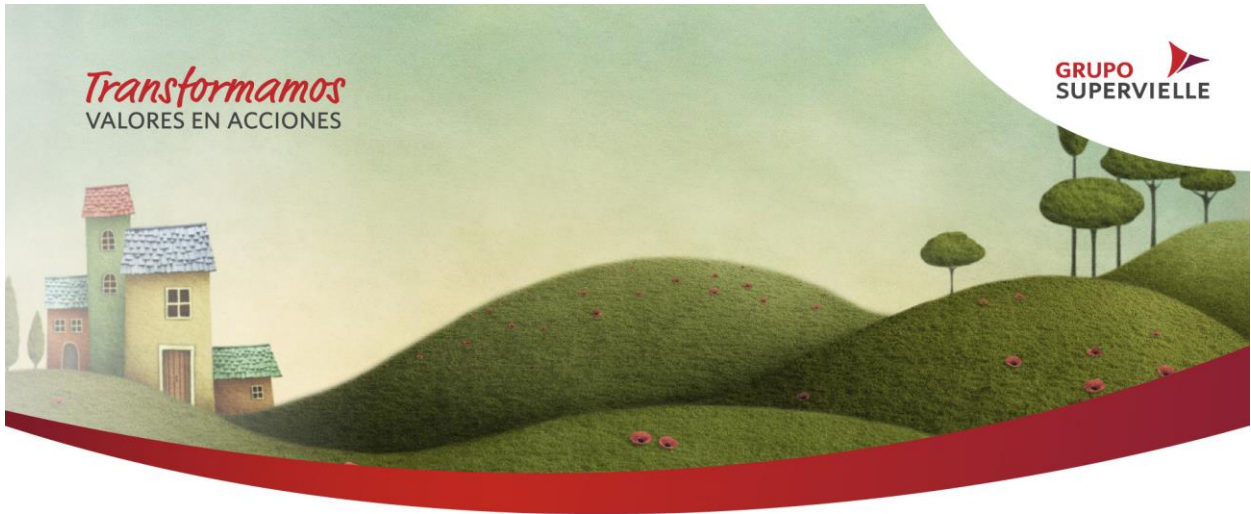
Un bravo Batallón

Por Héctor Eduardo Roitman

Viktor miró hacia la esquina más próxima. No había peligro. En la otra, en cambio, se encontraban dos soldados alemanes, pero afortunadamente estaban de espaldas. Podía llegar hasta el pórtico siguiente. Desde allí le hizo señas a Tadeucz, Janush y Ana. Muy rápido, con sus corazones palpitando exageradamente, fueron llegando hasta la esquina donde antes se erguía ostentosa la sinagoga principal de Varsovia. Habían circulado por calles vacías de este sector del ghetto, desafiando las órdenes alemanas y el consejo de sus padres. La certeza del éxito disfrutado por anticipado sumada a la inconsciencia de sus escasos años les decían que cualquier riesgo valía la pena.

Janush, el mayor, llevaba entre sus manos el preciado tesoro. Por él se habían desvelado durante tres semanas. Es cierto que habría sido un tiempo enormemente largo para construirlo en otras circunstancias, pero dada la escasez de elementos en el ghetto y las dificultades para conseguirlos, había sido una verdadera proeza lograrlo en ese término. ¡Triunfarían! En sus mentes no cabía la duda.

El derruido muro oriental de la sinagoga los amparaba de las posibles miradas de los guardias. Comenzaron a cruzar hacia el descampado adyacente. Las largas sombras de



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

sus siluetas en ese atardecer de marzo jugaron entre los escombros quebrándose y estirándose a cada paso que daban.

Al ver a la pequeña Ana avanzar tan decidida, Tadeucz - que marchaba a la retaguardia - se alegró de haber insistido en que ella podía venir si así lo deseaba, pese a ser una niña.

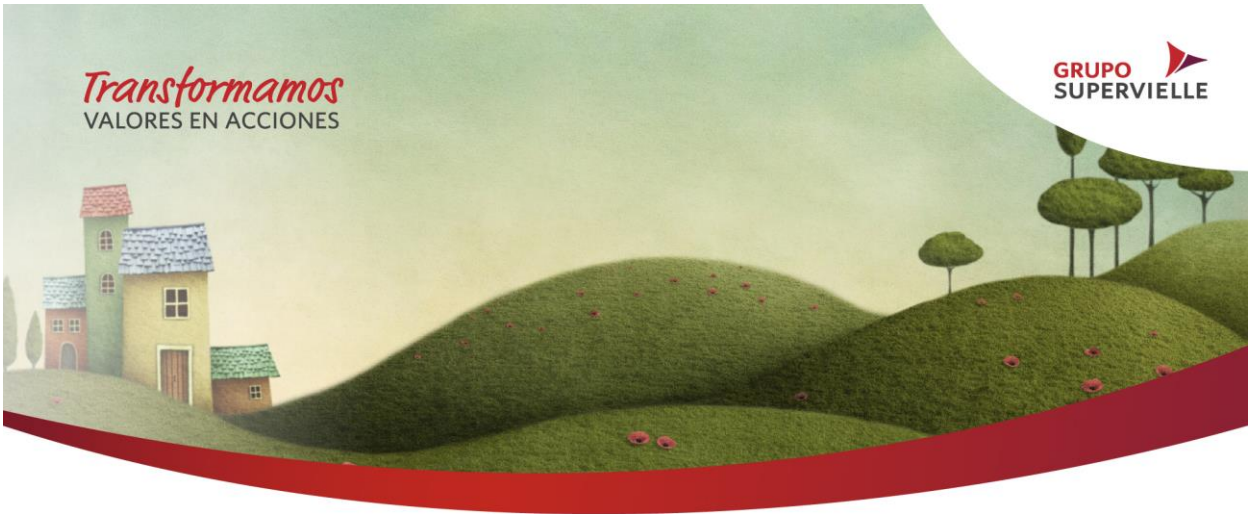
— Demasiada discriminación sufrimos ya por ser judíos - había dicho. Y el argumento había sido de tal contundencia que no se había vuelto a hablar del tema.

Finalmente llegaron al sitio que el viejo Piotr les había indicado. Él era el único adulto que sabía de sus planes. Estaban seguros de que no los delataría con sus padres. Al menos no hasta muy tarde, cuando terminase con sus enseñanzas de violín a los otros chicos. Ciertamente, el lugar elegido era el mejor. Y el día también: la suave brisa de ese atardecer sin duda ayudaría.

Lentamente. Y casi con la misma veneración con que un mes atrás lo había hecho por primera vez con la Torah, Janush fue poniendo el tesoro delante de cada uno de sus amigos. Luego fue Viktor - el más rápido de los cuatro - quien tomó la punta del cordel y corrió... corrió... corrió.

El barrilete con la estrella de David pintada en celeste, se desprendió de las manos de Janush, extendió su larga cola y saltó hacia el cielo. Cuatro rostros se elevaron entonces y cuatro manos se unieron sobre el hilo tenso. Durante unos breves minutos -más tiempo era un verdadero suicidio - ondeó el barrilete contra el rojo atardecer. Un bravo batallón de cuatro pequeños soldados había derrotado al poderoso ejército agresor.

.....

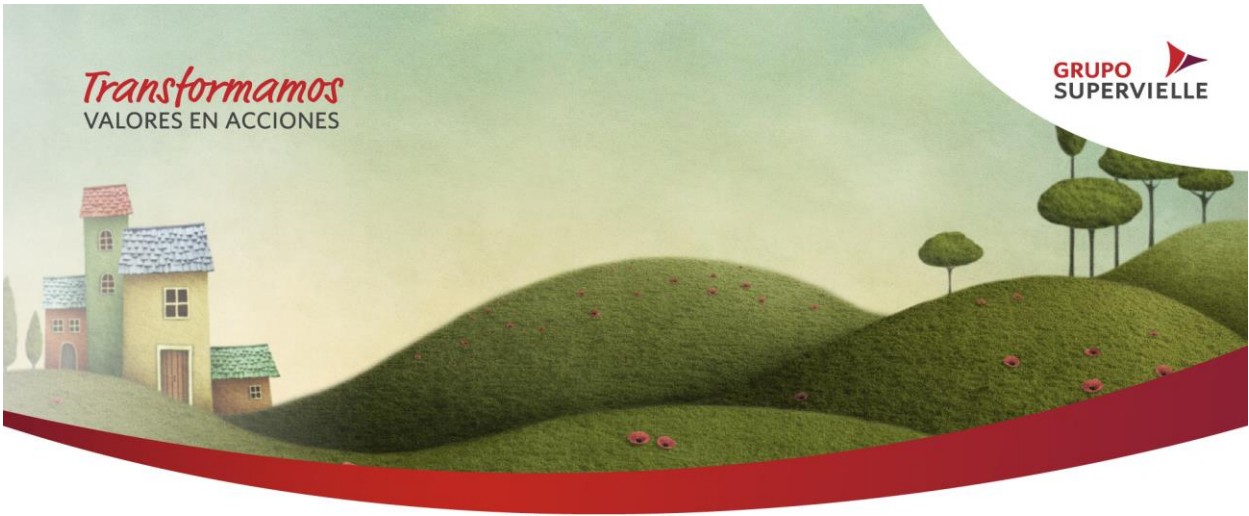


5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

El automóvil atravesó los portones del Parque General San Martín y avanzó rumbo hacia el extenso prado de siempre. El aliento de los niños pegados a las ventanillas, empañaba los vidrios en aquella fría tarde del agosto mendocino. El anciano conductor estacionó el vehículo junto a un puente y antes siquiera de haber detenido el motor ya los chicos habían bajado y corrido hacia el pasto.

El anciano abrió el baúl, sacó el barrilete de vivos colores y con paso tranquilo se dirigió hacia el centro del prado. Al llegar, los niños se formaron en semicírculo frente a él.

Al igual que hace cincuenta años, Janush tomó entre sus manos el barrilete y lo fue ofrendando a cada uno de los niños. Ellos sabían que ahora venía la parte en la que el abuelo les contaba de Tadeucz, que cayó durante el Levantamiento y de Ana y de Viktor que nunca salieron de Auschwitz, pero Yael, la más pequeña de las nietas, lo interrumpió al llegar su turno. -Hoy me toca a mí, Zeide?- dijo con su mejor sonrisa compradora. Janush, comprensivo, le entregó entonces la punta del cordel y la pequeña corrió... corrió... corrió...



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

La Lula

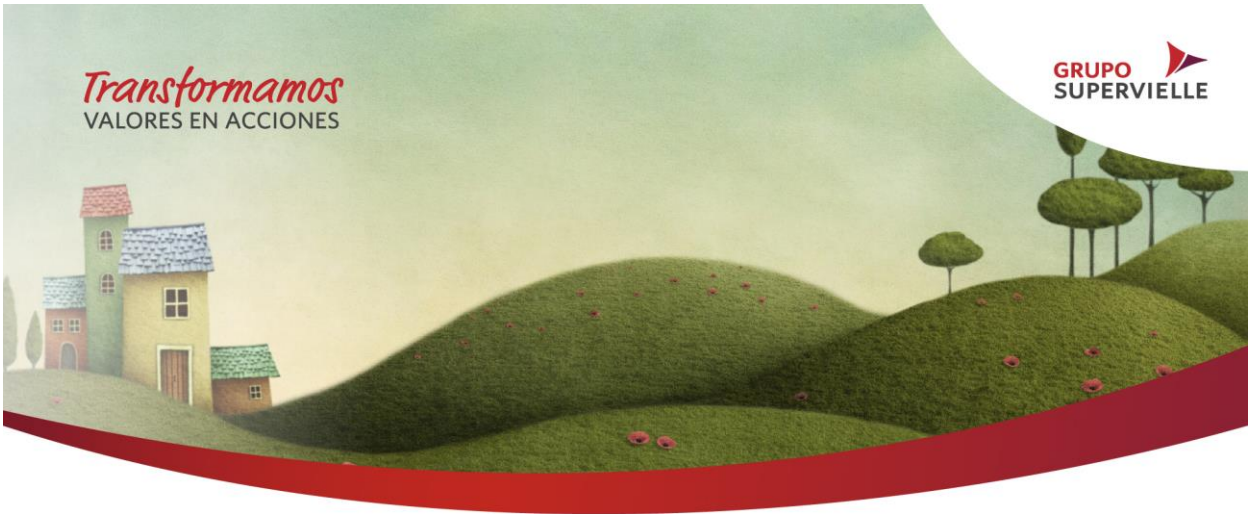
Por Haydée Martha Bozzo Lacunza

La vieja Lula volvía a la villa bajo la persistente garúa que castigaba desde la mañana. Mal día. No había encontrado casi nada y los pocos cartones que pudo recoger estaban empapados, inutilizados.

Con sus harapos calados, después de chapotear en mil charcos y revolver en inmundas cajas y bolsas, volvía a su casa de nylon y chapas. Rifle y Mataco, pasados por agua y como conscientes del fracasado día, la seguían con el rabo entre las patas. Ellos también hurgaron por aquí y por allá con un magro resultado.

Seguidos de Mariucha regresaban con un chiflido en la panza, sabiendo que en la casa no había nada para comer. Al menos tendrían un rincón seco para pasar la noche.

Después de una agotadora jornada, cruzar la ripiera era un esfuerzo extra, pero sólo así se podía llegar a la villa que repartida en un bajo se inundaba cuando caían cuatro gotas. La masa informe de desechos que era la casa de Lula, por un accidente de ingeniería había quedado como trepada en un montículo, lo que la ponía a salvo de las aguas que se metían por las hendidias mojando las pilchas y pocas pertenencias de los habitantes de esa parte del mundo que era un mundo aparte.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Lula sólo atinó a derrumbarse en el montón de trapos y papeles que era su cama. Mariucha y los perros, resignados se echaron a su lado. Ni siquiera pretendían secarse. El poderoso cansancio adueñado de la desgracia, había decidido que se quedaran en su rincón y ya no se movieran.

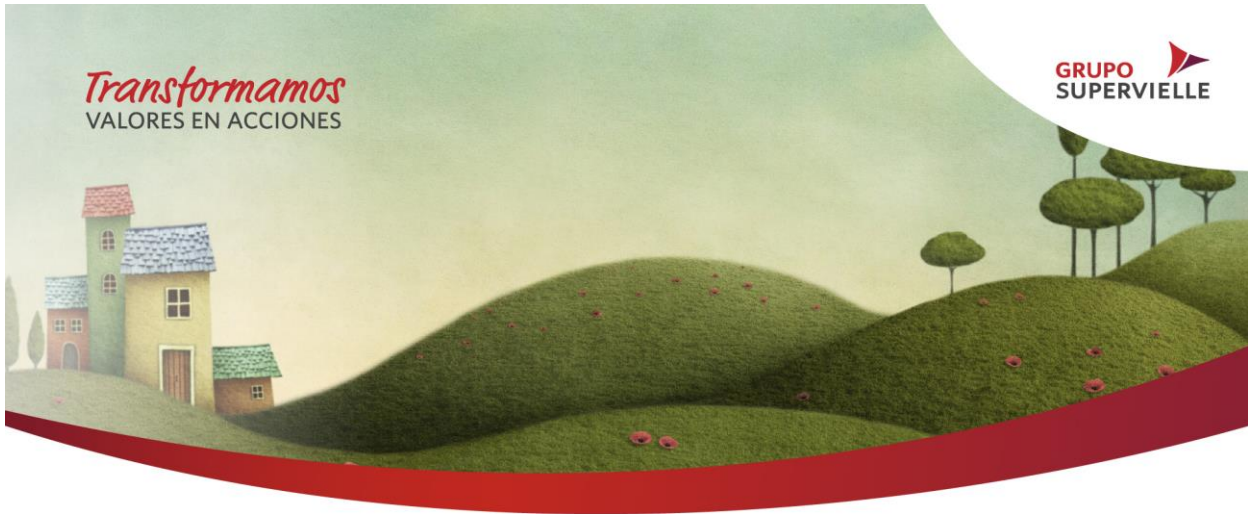
Pero la vieja atinó a meter su mano por el hueco que ella se sabía y al menos tocar la lata donde guardaba su tesoro de billetes pringados y añejos. Y así, en contacto con el metal pudo dormirse.

Se había ido quedando sola en el mundo. En una nebulosa flotaban recuerdos de su pasado de familia, el vestido blanco de su primera comunión, unas vacaciones en Necochea. El entierro de su padre. La enfermedad de la madre. La venta de la casa... Y después cada vez más abajo. La difusa ráfaga de recuerdos quería instalarse en su cabeza que hacía mucho, debilitada por el sufrimiento y la mala alimentación no funcionaba como debía.

Desde hacía unos diez años su figura era familiar en la ciudad. Recorría las calles hasta la noche, primero sola, después con los perros y ahora con Mariucha, una pobre huérfana que se le había unido como para achicar la desgracia.

Al principio salía con un carrito que arrastraba con su carga diaria. Luego contó que unos chicos que también juntaban papeles se lo quitaron y desde entonces ponía lo que recogía en unas bolsas que llenaba casa por casa.

Fue poniéndose más vieja y descuidada y la gente que antes le tenía lástima ahora sentía asco por sus mechaz pegajosas y vestiduras ajadas.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Una vez por semana pasaban a retirar lo que había obtenido de sus recorridas y con lo que le daban compraba lo poco y malo que comían.

La llegada de Mariucha aumentó la recolección, pero también fue una boca más para alimentar. La niña, que la seguía y con la que ni hablaba, se había acomodado a esa vida y las dos, con los perros, en una forma casi animal, cruzaban la vida con indiferencia.

Siempre hacían el mismo recorrido y si alguna vez se desviaban, Lula se ingeniaba para pasar frente al negocio de don Juan Tabanera. "El Ángel Dormido" estaba abierto a toda hora. Como siempre había actividad en las salas de velatorio y gente circulando, Lula entraba por el costado y se llegaba hasta el fondo, el depósito de féretros. Los miraba. Recorría su perímetro con un dedo. Controlaba el brillo. Palpaba el satén del interior, acomodaba las puntillas...

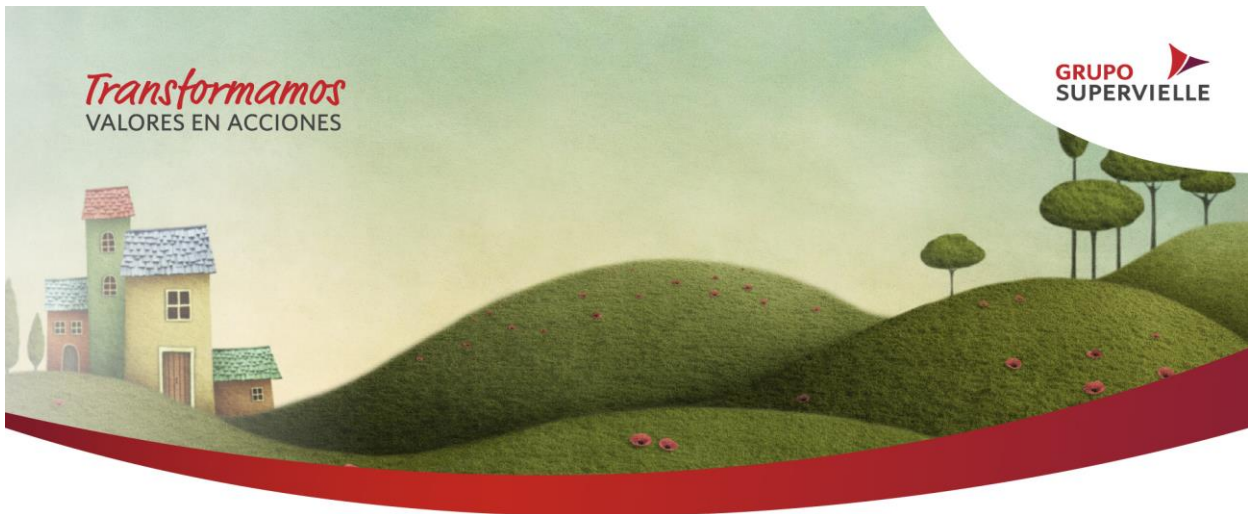
Al principio Don Juan contestaba todas las preguntas que Lula le hacía. El precio de los cajones. Cuántas manijas tenían. Cómo eran las mortajas. No pudo pagar la de su madre. Ella que siempre tuvo la preocupación por cómo sería su entierro.

Tabanera se fue cansando de la presencia de Lula y cuando se transformó en esa cosa desagradable, ordenó a su personal que la echaran del local. Antes de que notaran su presencia, ahora se conformaba con algunas miradas que podía echar en ese lugar lleno de aroma a madera, un olor que nada tenía que ver con la muerte.

Ese día de lluvia los perros se quisieron meter con ella, pero los muchachos de la funeraria fueron más rápidos y ninguno pudo pasar por la puerta.

Lula se fue mascullando:

-Ya van a ver. Ya van a ver. De mis dineros no se reirán...-



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Mariucha la siguió sin entender, pero al otro día, cuando la despertó la misma letanía de la vieja que repetía entre estertores, vio que no se había movido del lugar en que había caído la noche anterior, le vino el recuerdo de una tía muerta de pulmonía y reconoció ese silbido al respirar y los ojos desorbitados. Intentó sentarla para aliviarle la fatiga que estremecía el viejo pecho, pero el cuerpo agarrotado y febril pesaba mucho para sus escasas fuerzas.

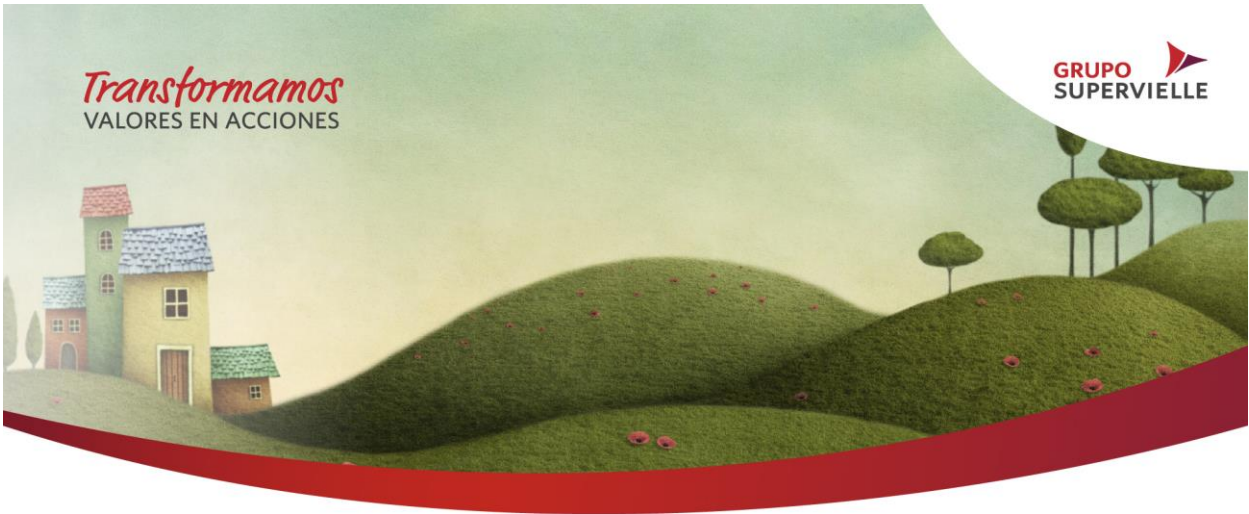
Con el contacto Lula dejó de murmurar y como recobrando la conciencia fijó su mirada en la muchachita mientras hurgaba entre los miserables andrajos hasta sacar la lata que puso antes sus ojos mascullando: -"para el cajón, dáselo a Tabanera"-

Mariucha salió corriendo a buscar a una vecina. Berta, la chilena que vivía casi al lado, llegó seguida de unos mocosos asustados y curiosos. Sobre todos los olores, el de la muerte se había acomodado en la covacha. La buena mujer se dio cuenta qué poco de vida le quedaba a Lula.

Pucheros estremecidos subían con lágrimas desde adentro de la huérfana. Había mirado la llegada de la ambulancia que el capataz de la arenera había llamado. Ella guió al doctor por las piedras y se acurrucó en la puerta, abrazada a los perros que presentían el drama y con un gemido no se movían de su lado.

El sol insolentemente brillante, sin calentarlos, borraba los rastros de la tormenta y un vapor agrio envolvía el mísero rincón.

Mariucha temblaba. No sabía cómo, pero ella tenía que cumplir con el pedido de Lula. Cuando el médico decidió trasladarla, se metió en la ambulancia y trató de armar en su memoria la oración que alguna vez le había enseñado su abuela. Con la lata apretada y que no soltaba ni dejaba que la vieran, se encucilló al lado de la camilla. La tarea que



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

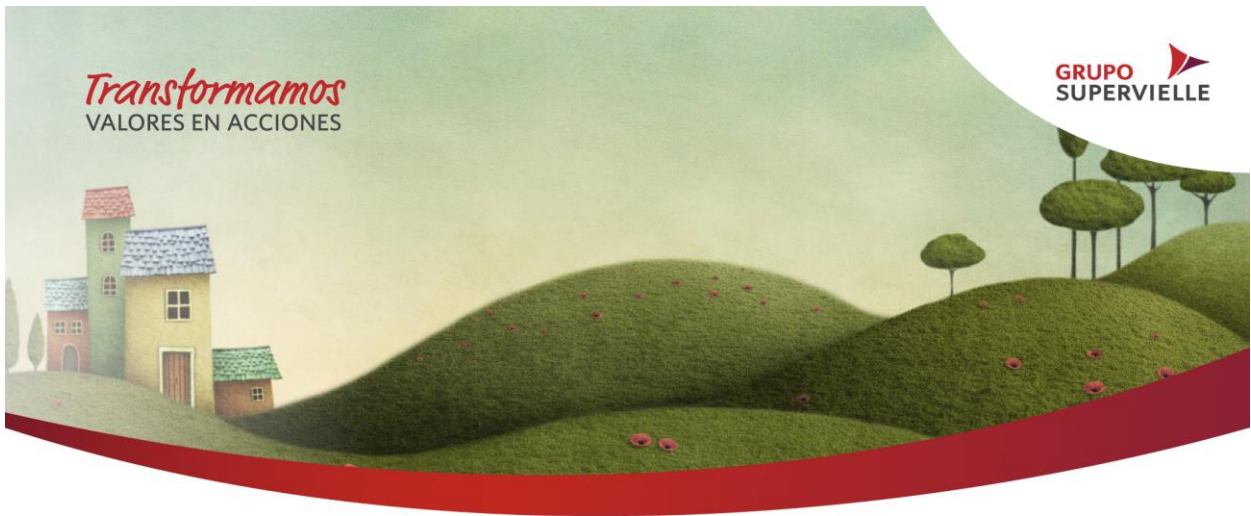
tenía que cumplir era el objetivo que la sostenía y balbuceando para adentro su rezo tropezado, hilvanaba sus próximos movimientos. Para cuando llegaron al patio del hospital, la vieja Lula había muerto. El médico dijo que había sido un paro respiratorio, pero la muchachita que ya no lo escuchaba salió corriendo con los perros que al trote los habían seguido como cortejo.

Con un solo pensamiento y agotada por la carrera llegó hasta “El Ángel Dormido”. Tabanera salía en ese momento y antes de terminar un gesto de rechazo alcanzó a comprender la mirada de angustia y recibió la lata con los apretados ahorros que Mariucha le tendía.

-“Para el entierro de Lula...”

Una blonda de puntilla hacía marco a la pequeña y arrugada cara que alguien compadecido despejó cuando la acomodaron en la caja. La niña, desmoronada en una silla veló toda la noche a Lula. Rifle y Mataco hicieron guardia en la puerta.

Para confirmar el rumor, los habitantes de la ripiera pasaron por el velatorio.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

Héroes de trapo

Por NOEMÍ ESTER MARTÍNEZ

Todos los meses era igual, por más que llegara a las siete menos cuarto ya se habían juntado como treinta y había que hacer cola y esperar. Eso lo ponía de mal humor y le impedía hablar.

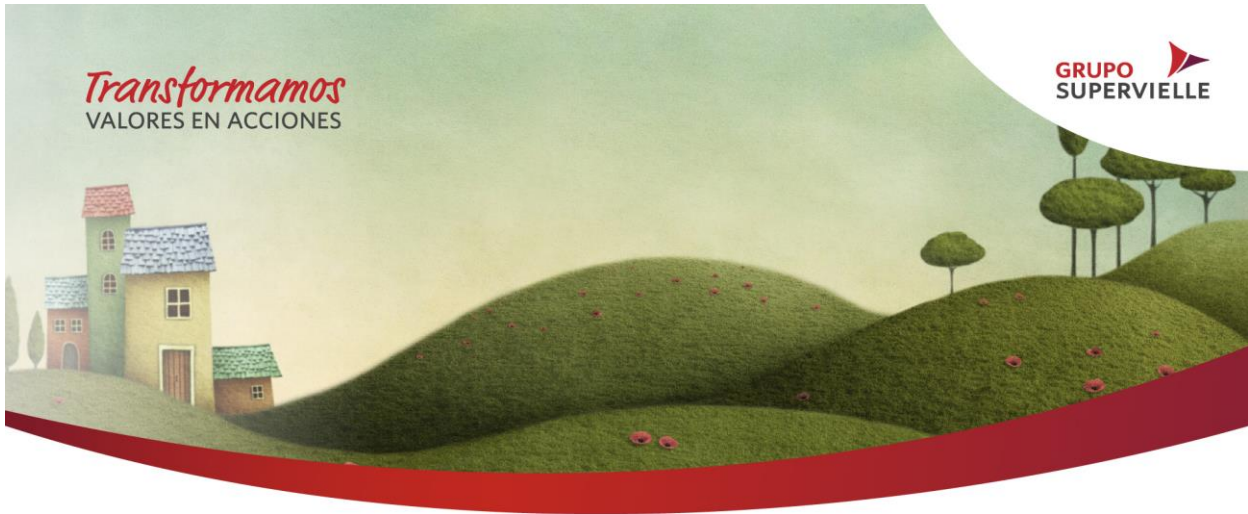
En vano buscaba en torno suyo a ver si encontraba a alguien con un diario,

- Dentro de poco será igual. Me jubilo y todo igual, la cola, el sueldo mugriento, todos estos delante mío, ¡peor! ni siquiera voy a zafar del mediodía de laburo.

Giraba la cabeza en busca del diario. El quiosquero ya lo conocía

- Si no comprás no empecés a hojear...

En un rato vendría el Colorado Elías y él sí que le prestaría el diario ¡Era un gaicho el Colorado!, le dio risa, ¡gaicho, judío y colorado! pensó. ¡Gran tipo el Elías! Se palpó el bolsillo de la camisa buscando un cigarrillo, vacío, nada...ni un pucho para bancarse la espera. Había jugado el día anterior los últimos dos pesos que le quedaban a la quiniela. Comenzó a desesperarse ¿a qué hora llegaría el Colorado?, si había salido el trece estaba salvado.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Ya había llegado el Negro Díaz, con su canasto de salames y quesos “cordobeses”, el cafetero. El viejo que vendía las medias y los calzoncillos estaba desplegando la mesita para acomodar la mercadería i...y el Colo que no llega!

Los compañeros municipales hablaban, hacían chistes y protestaban, de vez en cuando algunos lo miraban y se hacían guiños entre ellos. Estaban acostumbrados a las “idioteces del Lito” y cuando le prestaban atención era para burlarse.

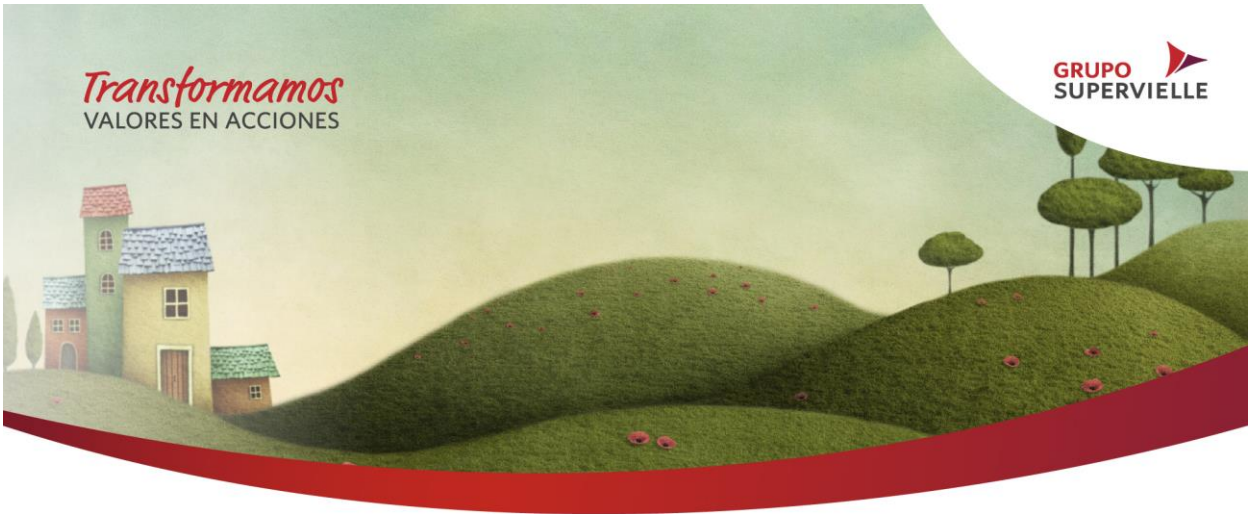
El Colorado llegó y con él el diario. Elías se acercó y lo saludo con afecto, los otros compañeros se corrieron hacia atrás y le dejaron espacio, era una costumbre de años, todos sabían que el Lito le guardaba el lugar al Colo. Casi le arrebató la sesión del diario donde salían los resultados de la quiniela: cuarenta y dos a la cabeza, el trece ni a los diez. Funes se le acercó burlón

-Perdiste otra vez Rodríguez. No... si es lo que yo siempre digo, sos el hijo de la yeta.

Ángel Rodríguez transitaba la vida por las rutas del desencanto, ese sentimiento opaco y frustrante se le había enquistado en la piel, en el alma, en el mundo que lo rodeaba. Un desencanto que provenía de lo inútil que consideraba la vida y esto lo convertía en un ser débil, gris, irritable y amargado; sólo el Colorado entendía sus vicios y sus miserias, lo escuchaba, lo defendía de las constantes chanzas de sus compañeros.

Sabía de la soledad del Lito, de la infinita tristeza que le lloraba en noches de alcohol, cuando harto de intentar enamorar a la suerte se quedaba sin dinero y golpeaba la puerta de su casa a la madrugada en busca de un oído que lo escuchara. Muchas veces el sillón de su living había servido de cama a su amigo, le daba un café cargado y amargo, lo arropada, lo consolaba.

Algún día no te jodo más, solía decirle, agarro coraje y me largo del puente al “Cacique”, cuando traiga mucha agua.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

No hablés pavadas, contestaba Elías, no hay mal que dure cien años.

El Lito lo miraba y sonreía

Como me conoces, sabés que ni para matarme tengo coraje...¡Soy una mierda, soy un cobarde de mierda!.

Shhhh... dormite Lito, mañana será otro día. -decía el Colo con ternura y una especie de rebeldía absurda se le mezclaba con el amor por el amigo.

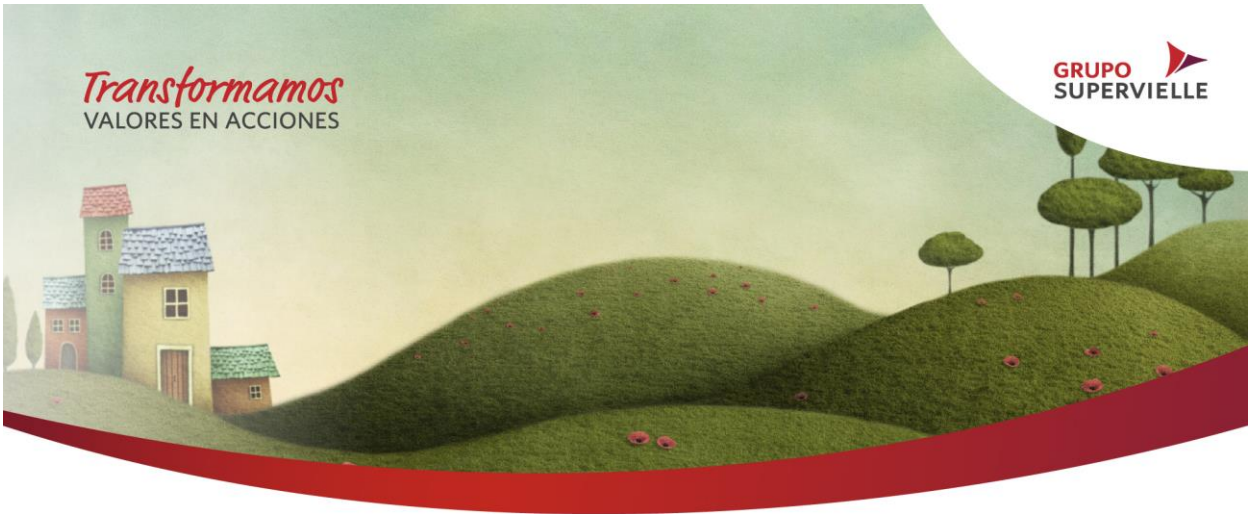
Algo le devolvió la confianza. Tal vez lo que había anunciado el sueño era una fija en el casino... se entusiasmó y miró a su amigo, él sabía del sueño, se lo había contado el día anterior

"Las escaleras de mármol Colo, yo subía por las escaleras de mármol blanco, íbamos todos ihasta el Funes! Fijate vos. Las escaleras eran blancas pero todos estábamos vestidos de negro y subíamos y subíamos. Después yo me caía, era el único que se caía y el Funes me gritaba iyetatore, yetatore! Y todos se reían y seguían subiendo...era estúpido porque yo no tenía de dónde agarrarme, pero me tentaba de la risa y me reía y me reía y todos aplaudían como en un circo ¿Te das cuenta? Es una señal de suerte porque yo me reía mucho..., y allí me desperté."

- ¡Colorado la fija es esta noche en el casino!, redoblo el sueldo... ya vas a ver...

Funes estaba cerca y lo escuchó

- Vos la única fija que tenés es la yeta Rodríguez, te aviso que si te quedás sin guita el gremio no va a sacar la cara para pedirte un adelanto.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

- ¡Dejalo en paz!- dijo Elías- , si a vos no te jode, además, no sos el dueño del gremio.
- Sí pero cuando éste está cagado al que hincha es a mí.

La discusión se cortó ahí, porque el guardia de seguridad del banco se acercó para abrir la puerta. Entraron. Cada uno tomó el número que le tocaba y esperó. Rodríguez sintió que su corazón se agitaba cuando le dieron el suyo. Se sentó junto a su amigo

- Mirá, treinta y uno, si lo das vuelta...- los ojos le brillaban de entusiasmo.
- Y...quien te dice...

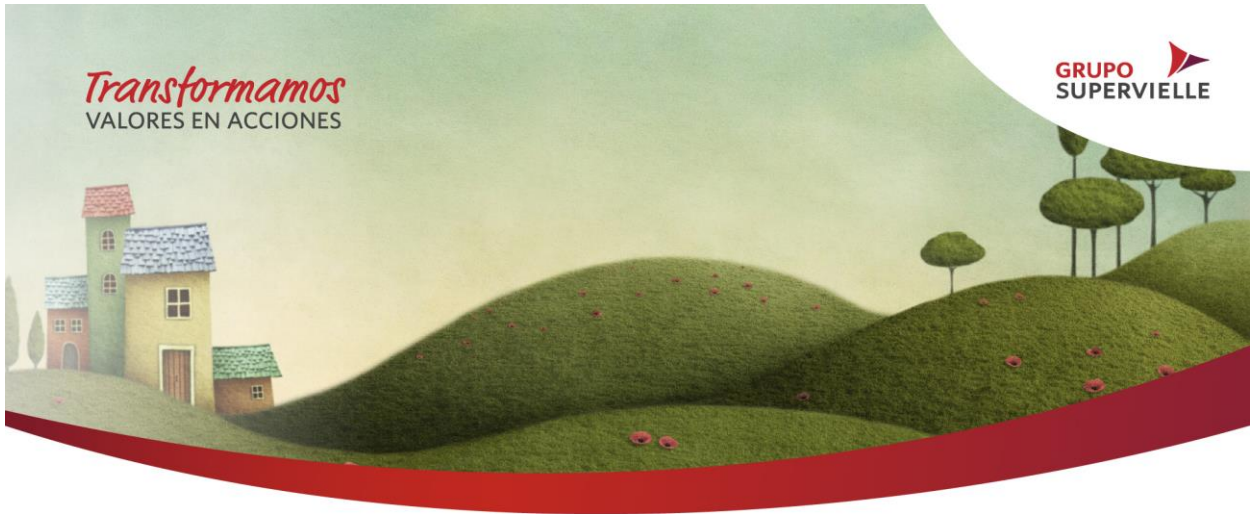
Elías abrió el diario y comenzó a leer, el Lito se cruzó de brazos y se entretuvo mirando a la gente que se acomodaba

- Deben ser más de cien - pensó - gente vieja, gente joven acompañando a los viejos, obreros municipales, maestros, todos charlando y riendo como si fueran a cobrar la lotería!

Mientras tanto los empleados bancarios se acomodaban en las cajas. ¡Uno! Llamó el cajero y la viejita con la nieta ya estaba parada delante de la caja

- ¿A qué hora se levantará esta vieja? -se preguntó Rodríguez- todos los meses es la primera ¡vieja jodida! Debe pasarse la noche en vela para no quedarse dormida.

Dos... tres... y al rato veintiocho... treinta..., el Lito había comenzado a moverse inquieto en su asiento, se estaba incorporando y al girar la cabeza los vio, eran tres y delante de ellos venía el guardia de seguridad.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

¡Todos quietos o este no cuenta el cuento! Gritó el que lo encañonaba, los otros dos apuntaron a la gente. Se armó el griterío, una anciana chillaba descontrolada, otro quiso correr y lo golpearon ¡Todos abajo y al que grite o se mueva lo mato! dijo el que tenía de rehén al guardia. El Lito estaba como hipnotizado, medio parado no atinaba a sentarse ni a bajar la cabeza. En una fracción de segundo pasó por su mente la idea del sueldo que no cobraría, en la apuesta que no concretaría y el pánico se transformó en indignación. Observó que a uno de los muchachos armado le temblaba el brazo -es un pendejo- pensó y como una fiera saltó sobre el asiento y se le plantó delante

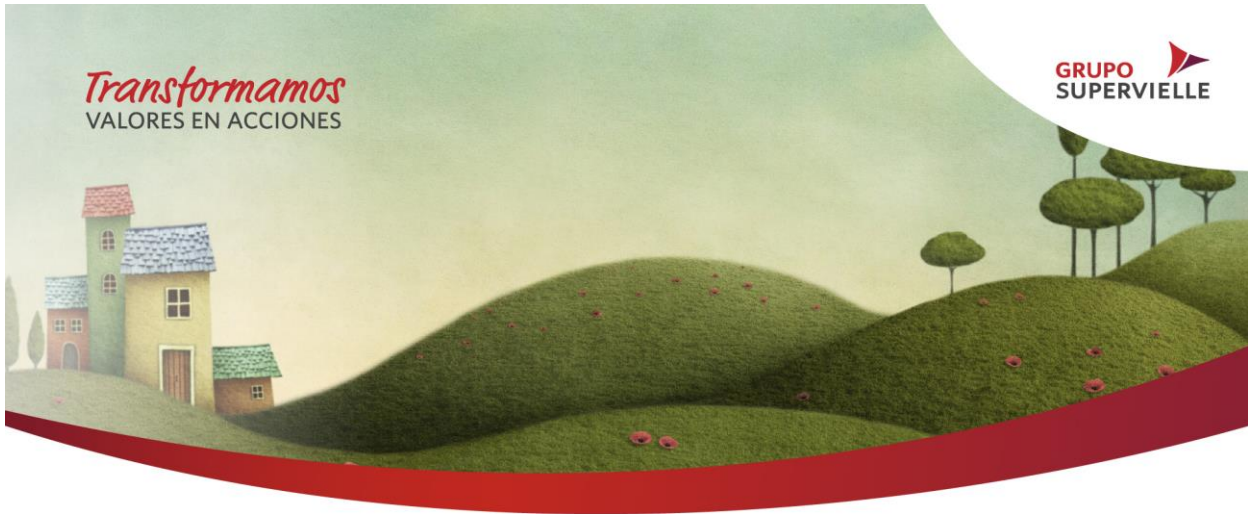
¡Matame! gritaba ¡Matame si querés, pero mi plata no te la llevás!

Ante la sorpresa de los acontecimientos todos habían enmudecido, el pibe empujaba el arma hacia adelante como queriendo intimidar a Rodríguez que seguía avanzando hacia él. Elías gritaba agachado

¡Pará, Lito pará!

Pero el Lito no paraba, avanzaba dispuesto a todo y el pibe medio confundido, sin medir las consecuencias apretó el gatillo una vez, y otra... y otra...

El cuerpo cayó pesadamente ante el espasmo general. El Colorado Elías corrió y se precipitó sobre su amigo, sin pensar en que a él también podían dispararle; levantó levemente la cabeza del herido. Rodríguez había sentido un sonido seco, un impacto interior, como la bolilla al caer sobre la ruleta. Con los ojos muy abiertos miraba la cara del Colo pero no comprendía porque lloraba si él estaba cayendo y entonces tenía que reír, porque todo era un sueño y debía reír para darle suerte y de pronto sintió que todo empezaba a girar y girar...comenzó a balbucear - ¡ya se detiene! ¡ya se detiene! En el trece... ¿viste Colo? en el trece... - y apretaba la mano de su compañero con desesperación.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Elías no supo en qué momento escaparon los otros. Después de cerrar los ojos del Lito sólo vio al pibe inmóvil, asombrado, con el arma en la mano todavía sin saber qué hacer. Pensó en el Lito, en el pibe y en todos los hijos de la angustia que vienen a esta vida a cumplir el pacto de autodestrucción que el destino les designa. Comenzó a llorar en silencio y se sentó en una de las butacas, sintiendo pena por sí mismo y por todos los marginales a quienes la sociedad descarta tan miserablemente.

Se preguntaba si en algún lugar del universo habría un sitio donde el espíritu del Lito pudiera al fin cumplir su sueño de hombre triste y sonreír feliz borrando de su rostro, para toda la eternidad, el oscuro color de la derrota.

La policía llegó y detuvieron al joven delincuente que no se resistió. Temblaba todavía. No le taparon la cara pero a Rodríguez sí, se la cubrieron con la campera del guardia.

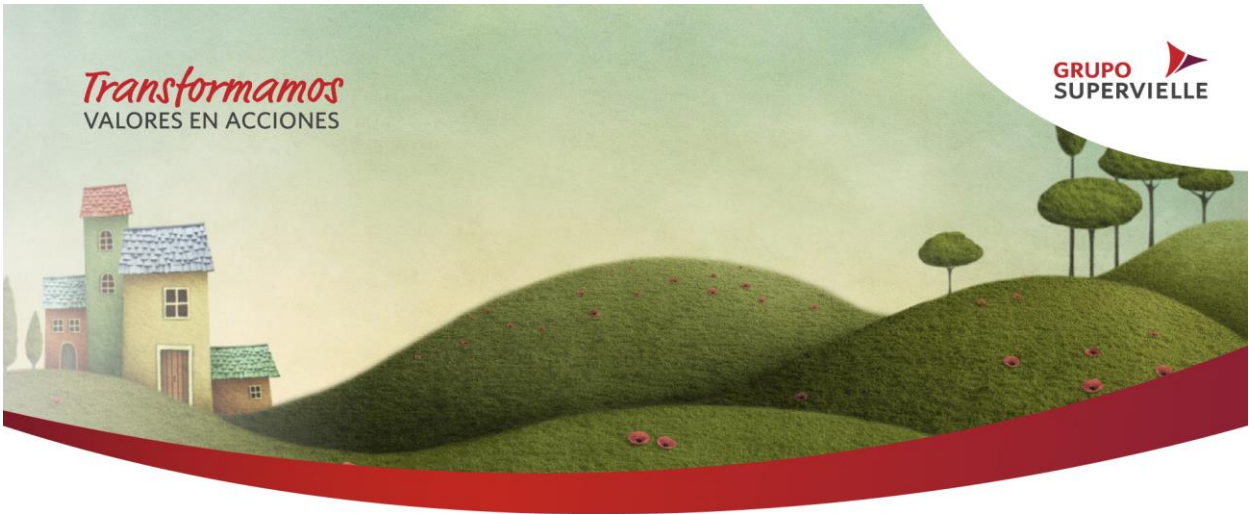
Un rato después todo fue un caos mayor. Llegaron los medios. Los policías tomaban declaraciones, los presentes peleaban su lugar protagónico en los hechos.

Sentado en su butaca el Colorado miraba angustiada el cuerpo tapado de su amigo y escuchaba la confusión de voces en torno a los agentes

¡Estaba ahí solo, parado, defendiéndonos a todos! -

Si, si, ilo viera que valiente!

Funes había formado en un rincón una especie de comisión "para darle a Ángel Rodríguez el entierro que su heroísmo merecía", hablaba de actos, de colecta, de declarar asueto municipal por "este compañero tan querido que nos ha honrado con su valentía" todos asistían moviendo la cabeza afirmativamente. Los de la televisión intuyeron que ese era el condimento de la noticia y rodearon a Funes quien exigía la inmediata presencia de las autoridades.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Sentado en su butaca el Colorado asistía tristemente al tumulto

¡Le gritó que lo matara! -vociferaba una viejita para ser escuchada- nos miraba a todos que estábamos agachados en el suelo como diciendo “yo los voy a defender”.

Es verdad -agregó un viejo- y le grito que lo matara a él pero que no nos dañara a nosotros.

Sí -reafirmó una mujer desde el fondo- le rogó que no nos matara.

La cámara iba del rostro de la anciana al de Funes, de Funes al cuerpo del héroe y recorría los rostros agitados con el mismo frenesí, ¡Una panorámica, una panorámica! gritaba alguien.

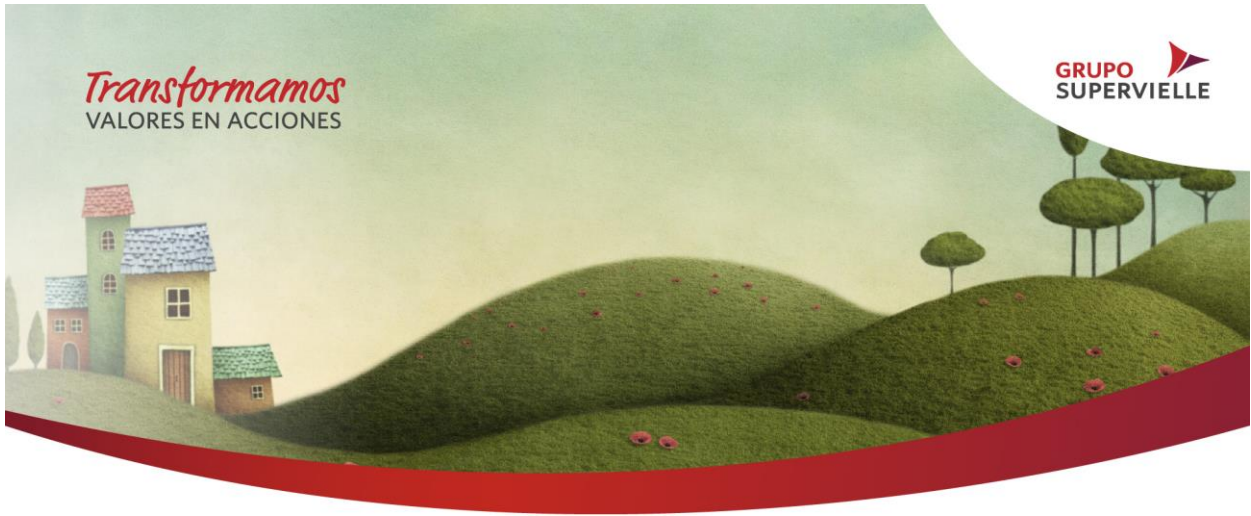
A las nueve de la mañana llegó el intendente precedido por sus ayudantes que le abrían paso, seguido del camarógrafo y un periodista, mientras el asistente no daba abasto tirando metros de cable. Se acercó solemnemente al cuerpo que todavía yacía en el suelo y levantó la campera con que lo habían cubierto, se hizo un breve silencio, el intendente se incorporó y mirando a la cámara dijo: *Lo conocía bien, era un empleado ejemplar, este intendente hará todo lo necesario para estar al lado de sus familiares en un momento tan difícil.* Sentado en su butaca el Colorado pensaba que el hombre en su vida había estado con Rodríguez y ni siquiera sabía que no tenía familia.

El vehículo oficial se marchó, también el cuerpo de Rodríguez en una ambulancia.

Dentro del local los policías siguieron interrogando, la gente siguió declarando, Funes siguió proponiendo y Elías siguió sentado en su butaca sollozando en silencio, callado y dolido, mirando el charco de sangre y la línea blanca de tiza que delineaba, como en un resumen, cuerpo, pasión y muerte de Ángel Rodríguez.

Transformamos
VALORES EN ACCIONES

GRUPO
SUPERVIELLE



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Finalmente uno de los empleados del banco se le acercó:

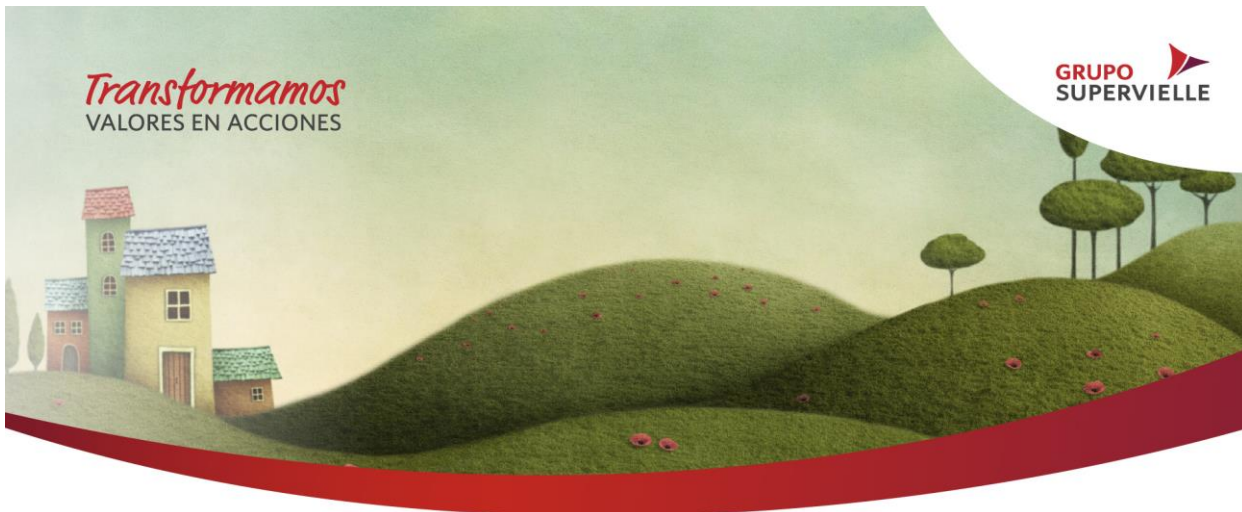
Siempre los veía juntos ¿eran muy amigos?

Sí, era mi mejor amigo.

¡Qué mala suerte! Morir asesinado por un pendejo.

Y como si hablara consigo mismo, el Colorado murmuró

No, no murió asesinado, al Lito Rodríguez la muerte le ganó la partida.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

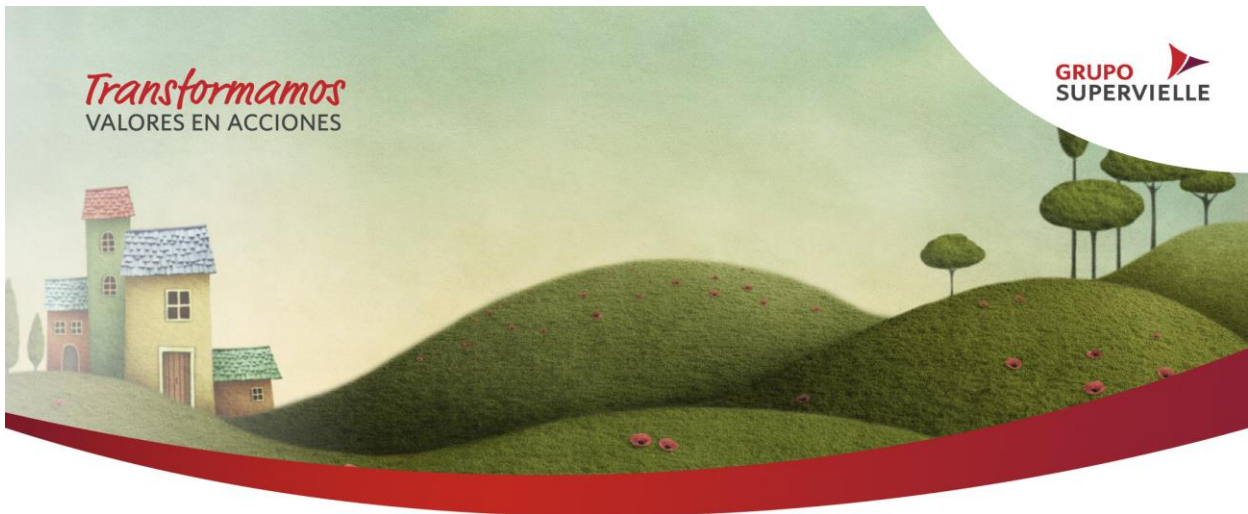
Hipocondría, o el extraño caso de López

Por Raúl Eduardo Mercau

San Juan tiene ese calor que distingue sus veranos. Diciembre ha venido con más intensidad que los años anteriores; las fiestas están por llegar, la ansiedad y el hastío se apodera de todas las oficinas de trabajo. La concesionaria FIAT no es la excepción; más bien diríamos que es la potenciación de todos esos sentimientos que afloran cada año en el verano sanjuanino cuando las fiestas están cerca y nadie quiere comprar autos, especialmente porque esperan que cambie el año para tener un “cero kilómetro” con año nuevo.

“El ocio es la madre de todos los males... pero una madre es una madre y hay que respetarla”, suele decir Ortiz (el “Negro”), el más pícaro de todos. No es sólo la frase; la expresión de su rostro denota esa típica picardía provinciana, pero sin malicia. La verdad es que el ocio trae ideas y no siempre son las mejores; o son las mejores, pero no para evitar que alguno salga dañado en su ejecución.

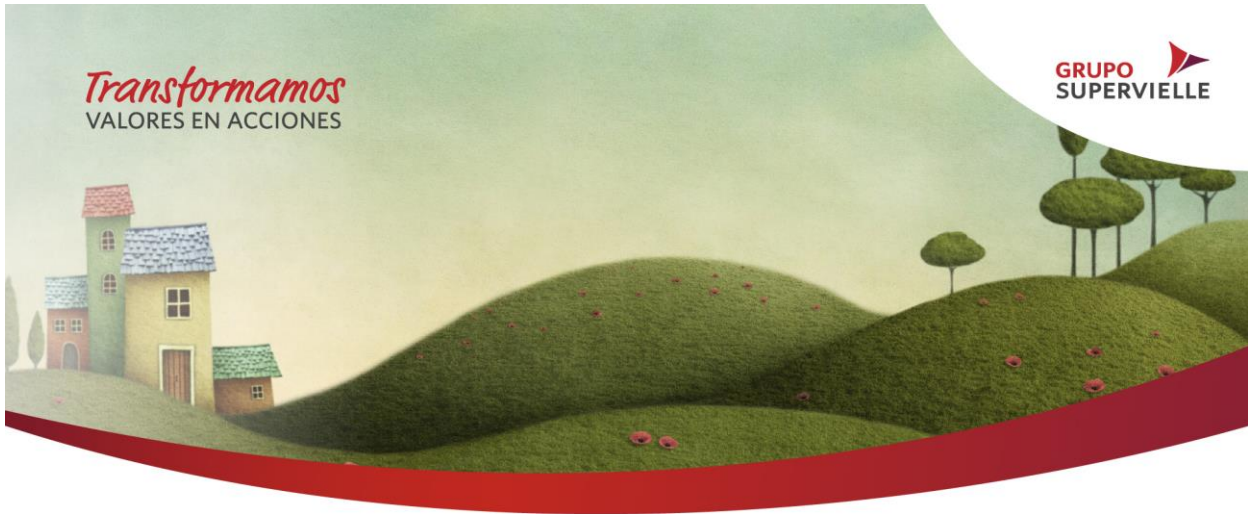
Todos saben que López (“Lopecito”) tiene esa tendencia a creer que toda enfermedad que anda por el mundo está destinada a terminar en su cuerpo y, quizá, a “terminar con él”. “Hipocondría”, es la afirmación categórica, como si proviniera de un médico profesional, que emite García (el “Gordo”).



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

- Es un maricón, no le ves la cara de circunstancia y de terror que pone cada vez que la radio habla de alguna plaga o enfermedad... -dice Urrutigoiti (el "Vasco"), con algo de impiedad y homofobia.
- No, no, no... se trata de una enfermedad muy común... bueno, no sé si es enfermedad, pero los que la padecen creen que están enfermos... Son la mejor fuente de ingresos de los "matasanos" - vuelve a sentenciar García.

El Gordo es el más bueno y compasivo de todos. En su mirada nunca hay malicia y de alguna manera muestra cierta inocencia infantil: parece un niño atrapado en un cuerpo adulto y obeso, pero que no ha perdido el alma pura ni el brillo de los ojos. También es el que más le gusta estar informado; dicen que tiene una enciclopedia que heredó de su abuelo. Don García Escalante fue un médico famoso en San Juan, muy respetado y conocido: hizo fortuna con su profesión, sin embargo, era conocida su generosidad y su vocación "sin afán de lucro". Tuvo varios hijos, todos con estudios -uno contador, otro abogado y una profesora de literatura. El papá de García (Juan García Espósito) fue médico también; tuvo un solo hijo con Elena, Juancito García Orellana. El Gordo terminó la escuela de comercio y se dedicó a buscar trabajo. Nadie piensa en él como un rebelde adolescente que haya desafiado la consigna profesional de su familia (¿ser médico?): con la misma simpleza que mira a todos cuando dice una verdad atroz, el Gordo había decidido no estudiar en la universidad. Al terminar la secundaria, entró como auxiliar contable en una ferretería y después de un tiempo fue a parar a la concesionaria. Pero los conocimientos médicos estaban en la conversación cotidiana



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

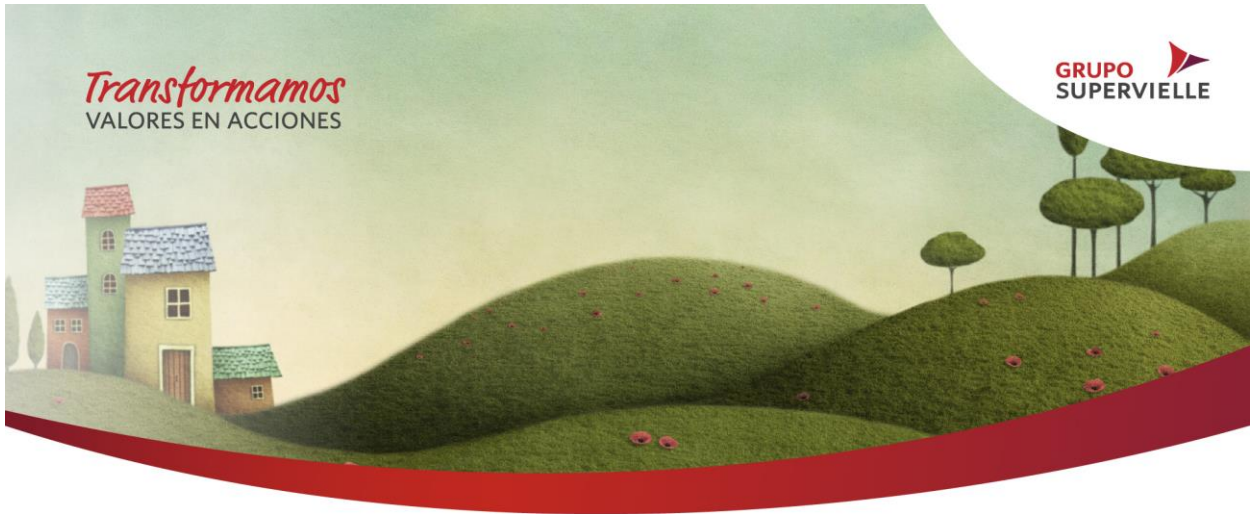
en la familia: en la mesa del domingo, en los velorios, en las tardes estivales y sofocantes de San Juan...

- ¡Por eso! -dice el Negro. ¡No hay candidato más adecuado que Lopicito!
- Tiene razón el Negro- sentencia el Vasco.
- Okey, okey... pero tenemos que convencer a la "Vieja"- cierra el Gordo.

La "Vieja" era Irene Vasconcelos, la secretaria del Gerente General. Es la tradición oral viviente de la empresa; conoce la historia oficial y la apócrifa. Nadie puede tomar una decisión sin miedo a fracasar sin antes consultar con ella. En público, delante de los clientes o del Gerente General, todos la llaman "Señora Irene" (raro en un mundo donde todos se llaman por el apellido...) pero en privado, especialmente este grupo de vendedores y prácticos contables, la llaman la Vieja. A pesar de sus años (en realidad nadie sabe verdaderamente cuántos) tiene sentido del humor; ha llegado allí no por casualidad sino fruto de una sabiduría práctica que le ha permitido sobrevivir a varios cambios gerenciales. En cada cambio todos decían..." ¡ahora se va!". Sin embargo, después de la "purga" natural que sigue a cada reacomodamiento empresarial, ella sigue ahí. "Como el Ave Fenix...", dice el Gordo. Con quien mejor se lleva es con el Negro. Es que el Negro es un conquistador; es el galán de la concesionaria y él lo sabe y por ello explota esa ventaja cada vez que puede. No hacen falta muchas gestiones ni argumentos: "la Vieja también se prende a la joda", sentencia el Vasco. "El Negro la convenció de una", concluye frente al resto de los conspiradores.

Todos están de acuerdo, pero el que comienza como autor de la idea es el Negro:

- Lopicito ¿Qué te pasa? ¿Te sentís bien?



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

- Sí, ¿por qué? – responde sorprendido y con los ojos inquiriendo sobre lo que el Negro le quiere decir.

- No, nada... es que estás tan pálido...-remata el Negro.

El virus ya ha sido inyectado; solo hay que esperar, piensa el Negro Ortiz.

- ¿Te parece Negro?- dice Lopecito.

- Debe ser idea mía, no te preocupés- retruca el Negro mientras sale para el taller como yendo a buscar algo que ha recordado en ese instante.

- ¿He, che, qué te pasa?-dispara el Vasco. Parecés un papel canson de pálido que estás...¿y esa mirada? ¿Estás bien Lopecito?

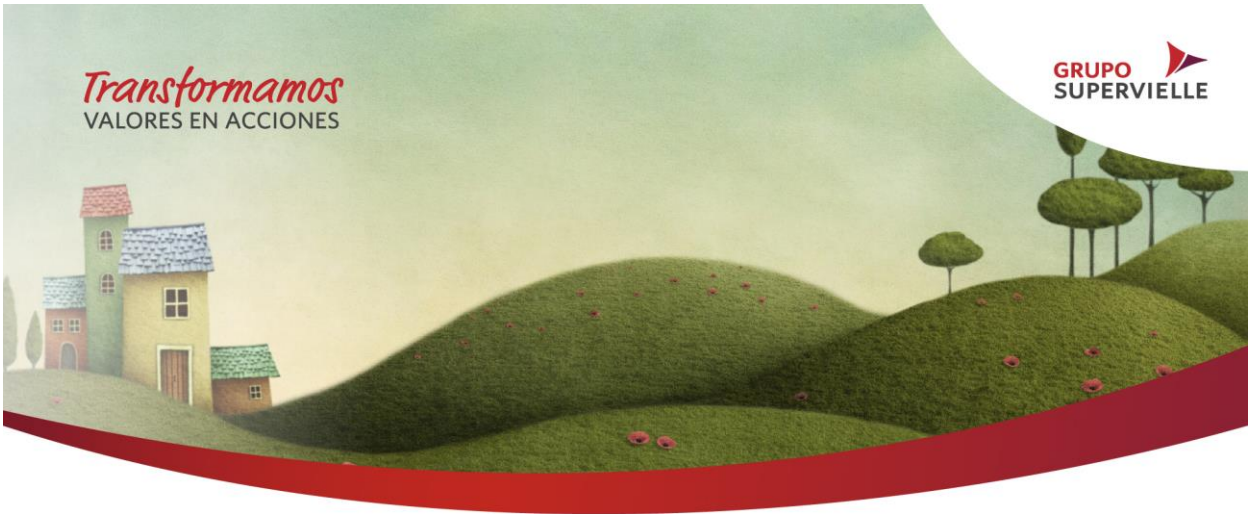
- No sé che, la verdad es que vine bien, pero ahora no sé... me siento raro – responde López.

- Sí, la verdad que te ves mal hermano ¿por qué no vas a la enfermería? Tal vez te encuentran algo ¿no? ¿quién sabe?

López enmudece y por primera vez realmente está pálido; su piel ha cambiado de color... en realidad lo ha perdido; y además ha comenzado a sudar levemente como cuando uno tiene algún proceso febril. La seguridad que sentía al llegar a la empresa, de repente desaparece y siente que todo le da vueltas.

-¡Lopez! -lo llama la Vieja- ¡López! ivenga por favor! ¿No ve que lo estoy llamando?

- Sí, sí, Señora Irene ¿qué necesita? – responde temeroso López.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

- Buen hombre, vaya a la enfermería, que con esa cara nos va a correr a todos los clientes; ivan a pensar que hay alguna peste en la empresa y que se pueden contagiar!

“Peste”, “Palidez”... todas esas palabras resuenan en la cabeza de López. Siente que se va a morir; que ni siquiera va poder llegar a la enfermería en condiciones.

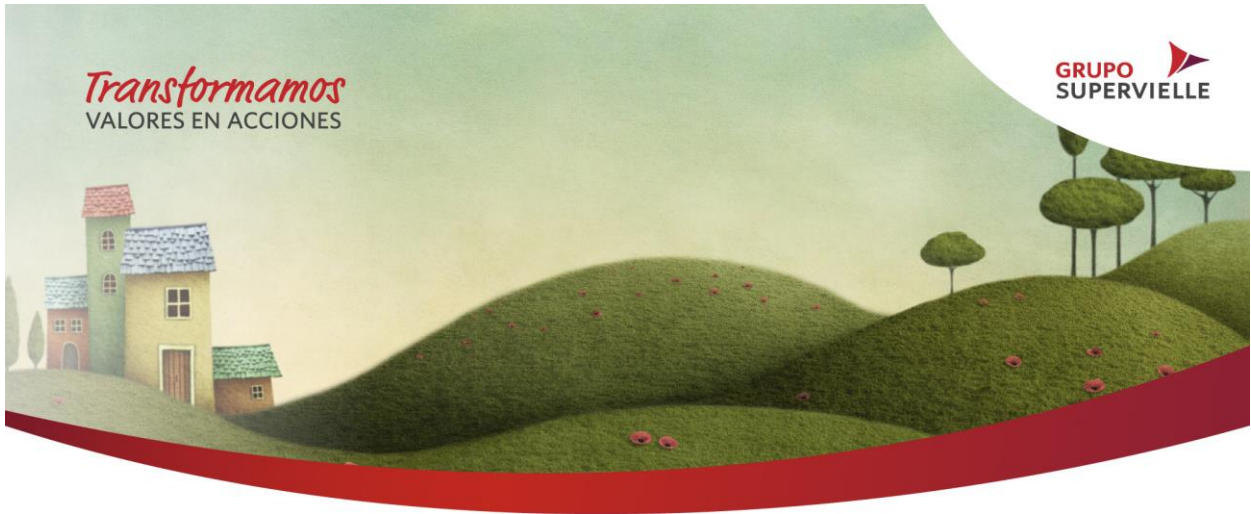
Finalmente, el tiro de gracia:

-¿Lopez? ¿Estás bien hermano? ¿Por qué no te pedís una licencia por enfermedad? -le dice el Gordo.

Ahora la cosa es seria. Que lo diga el Negro o el Vasco; hasta la Señora Irene puede pasarse por alto... pero que lo diga el Gordo. Él sabe; su abuelo y su padre han sido médicos... además, es el más instruido en estas cosas: cuando alguien tiene algo, antes de ir al médico le preguntan a él. Ha salvado a más de uno de los charlatanes que hay en la profesión médica, tanto de la corriente principal como la peor de todas, “la homeopática” (el odio del Gordo es indisimulado para “esta corriente miserable de la medicina”, según él).

La “joda” termina como es de esperar. López va a la enfermería y la tensión arterial está en niveles preocupantes. La palidez y la sudoración, sin duda son síntomas de algo más; “Mejor consulte con su médico y me trae los estudios que le receten”, le dice el enfermero. En ese momento, López mira el calendario movable de la pared de la concesionaria y el terror parece apoderarse de su cara y sale casi sin respiro de allí.

* * *



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

La culpa es una mujer desagradable: “nadie la quiere tener”. Las miradas son esquivas pero en algún momento se encuentran con cierto remordimiento y con profundo desconcierto.

El más compungido parecer ser el Negro; después de todo es el “autor intelectual”. Para la Señora Irene es como una mancha imborrable en su larga carrera como secretaria en la empresa (y fuera de ella); no lo puede entender (“¿cómo me dejé envolver en esta situación?”). El Vasco parece ser el más insensible, pero como dicen por ahí: “la procesión va por dentro”. El desconsuelo del Gordo es devastador; nunca en toda “su vida profesional” (sic) ha pasado por algo así; nunca se ha equivocado en un consejo sobre un medicamento o en derivar a un compañero al profesional adecuado; la falta pone en riesgo aún la buena fama de su padre y, especialmente, del prócer principal de la familia, el abuelo.

La viuda llora desconsolada. No puede entender cómo pudo suceder. Lo vio salir saludable; lleno de alegría y determinación. Habían tenido una profunda conversación y López era otro hombre; como nunca lo había visto (¡por fin!).

Falleció de manera extraña, camino a su casa... el taxista, desesperadamente, cuando vio que el pasajero se desvanecía lo llevó al hospital público. En la guardia hicieron lo que pudieron, pero “el paciente estaba entregado”- le dijo uno de los profesionales al policía que lo interrogó.

* * *

Tres años antes de aquel fatídico día de diciembre en San Juan, López había finalizado una interminable sucesión de estudios sobre su corazón. Como todo hipocondríaco ante el primer síntoma había acudido al médico; éste lo había derivado a otro y éste otro



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

a otro. Los resultados no habían sido los esperados; en realidad, eran peor. Solo un mes de vida, quizá dos. Esa noche, antes de dormirse y mirando a su mujer imploró por un milagro, una oportunidad. Su timidez había hecho que recién a los 34 años pudiera conocer a la mujer de sus sueños y que llenaba su vida plenamente. “Tocaba el cielo con las manos” y, por primera vez, el cielo era esa visión idílica que sintió cuando recibió la primera comunión y creyó ver que el Cristo lo miraba a él (sólo a él). En su timidez, al implorar sólo pidió tres años: para él, frente al mes o dos de vida que le auguraban los médicos, tres años era una eternidad; y su amor iera eterno!

Esa noche tuvo un sueño, tal vez una visión: un personaje de ropas blancas le dijo que su pedido había sido escuchado y que se le concedía: solamente tres años; nada más. El bendito y blanquecino “Mefisto” se desvaneció en el sueño, sin decir más palabras, sin requerir nada a cambio u ofrecer más explicaciones.

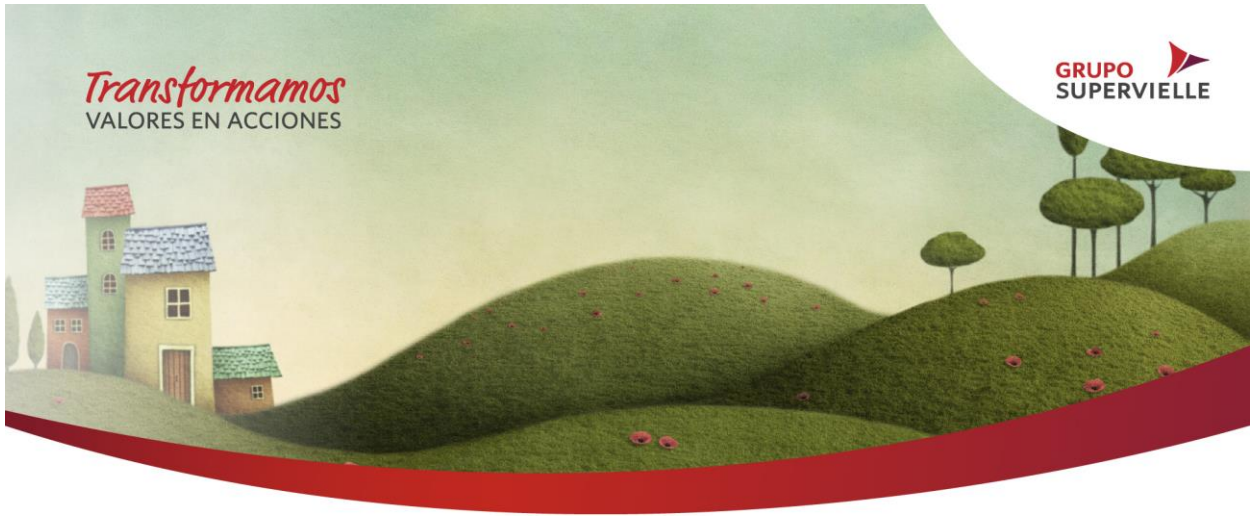
Esa navidad fue especial en San Juan; hizo calor, como siempre; pero, López estaba lleno de salud... su corazón más saludable que nunca y su alma más feliz que en cualquier momento que él recordara en toda su existencia: “¡Tres años más!”

Aquel día que salió de la concesionaria, tres años después, sabía (o creía saber) que su tiempo había terminado; sin embargo, no tenía miedo; estaba profundamente agradecido por tres años de amor y de felicidad. Ese día había hablado efusivamente con su esposa antes de salir; ella no entendía cómo López podía hablar así, “si es tan tímido el pobre”. López tampoco se había percatado aún de la fecha que transitaba, hasta llegar a la concesionaria y mirar el calendario móvil en la pared.

Al subir al taxi, López creyó reconocer en el chofer al personaje que le habló esa noche: su ropa era diferente, pero su voz y su cara (pensaba) “era la misma”. Ahora (según él), Mefisto vestía una camisa mal planchada y una corbata puesta con el botón

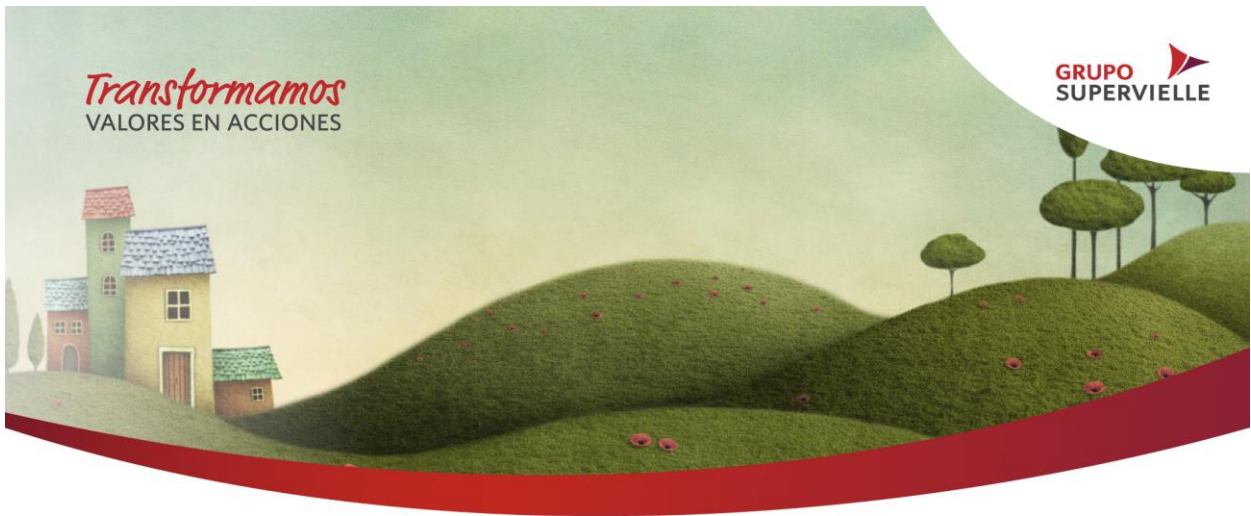
Transformamos
VALORES EN ACCIONES

GRUPO
SUPERVIELLE



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

desprendido. Sabía (o creía saber) que en la vida no había casualidades, sino causalidades. “Has venido por mí”, le dijo. El chofer entendió que era por el viaje que la empresa había pedido y asintió ante la aseveración de López. López sonrió y, finalmente, se entregó totalmente al viaje que había convenido hacía ya tres años.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

Brevísima historia de un perdedor

Por Rubén Jorge Lindman

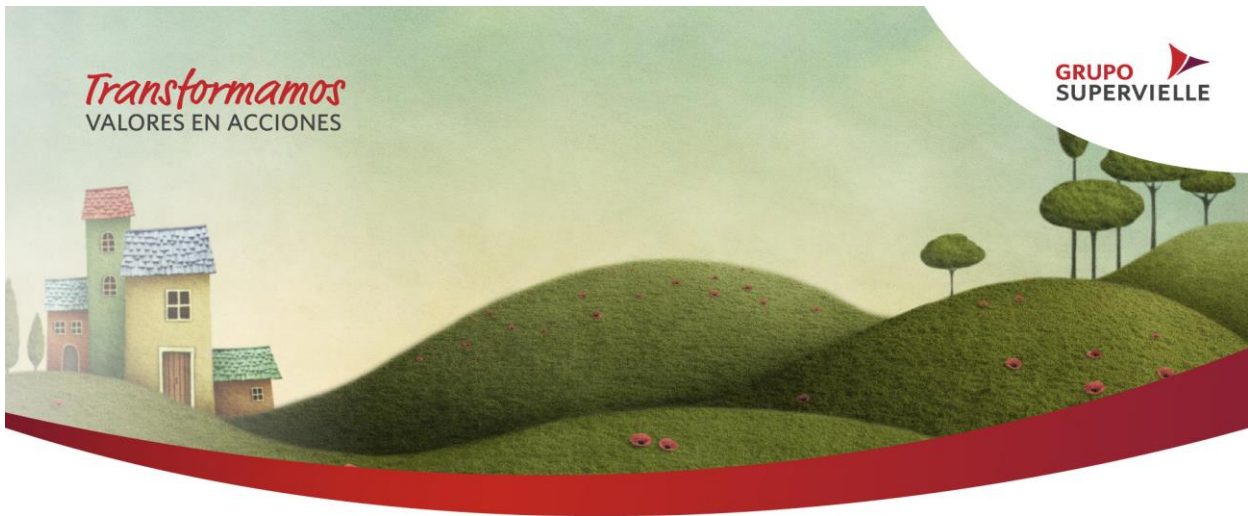
-Somos como el agua y el aceite -le planteó Verónica a Nicolás-. Perdoname, no quise decir eso, es una frase estúpida, no quiero terminar de esta forma. Pero estaba todo dicho, no sé para qué nos encontramos de nuevo -agregó. Dijo algo más pero ya no tenía importancia.

-No aclares porque oscurece -replicó él en voz baja, sin convicción.

Ella no alcanzó a escucharlo, tomó su cartera, salió del bar y se perdió entre la gente. Él se quedó garabateando en una servilleta, dibujó un vaso con líquido por la mitad. La estrujó, pagó la cuenta y salió.

El día que se conocieron, cinco años atrás, Verónica había entrado en ese mismo lugar. Estaba molesta, la habían rechazado en la prueba para ingresar como docente a un taller de danza. Significaba otro año perdido. Podía probar en otros institutos pero no serían lo mismo.

Al lado de su mesa Nicolás hablaba con su amigo Enrique acerca de lo difícil que eran los encuentros entre quienes estaban solos. Especialmente a la edad de ellos, "algo más de seis décadas", como le gustaba decir a Nicolás.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Según Enrique el problema se originaba en la actitud de las mujeres, en su exagerado sentido de la independencia. Actitud que, según él, había comenzado con los movimientos feministas de la década de los sesenta.

-Las mujeres se convirtieron en la encarnación del mal, arrastran a la humanidad hacia guerras y catástrofes -afirmaba con una seriedad desconcertante.

A Nicolás le parecía que las malas experiencias vividas por su amigo lo habían llevado a esa postura delirante y misógina encubierta bajo teorías apocalípticas.

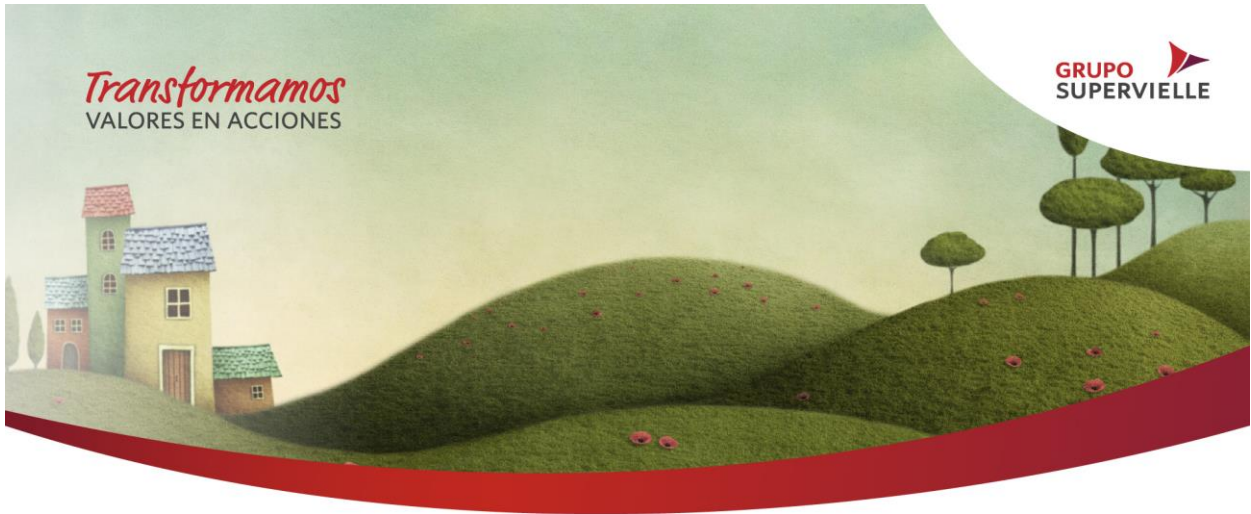
Enrique había pasado por cuanto curso de autoayuda circulaba por la ciudad. De la mayoría terminó siendo echado. Exasperaba a los coordinadores cuando pretendía explicar su teoría a los demás asistentes. No sabían qué hacer con él y, sobre todo, no podían aceptar semejante competencia en sus propias narices.

-Se acerca la tercera guerra mundial y esta vez no será una lucha por territorios o riquezas sino por culpa de las mujeres que pelearán no por ellas sino contra nosotros -vaticinó Enrique justo cuando Verónica se sentó.

Nicolás había tratado, sin éxito, de sacar al amigo de su tortuosa línea de pensamiento pero el esfuerzo no solo resultó inútil, tampoco pudo escapar de la situación. Optó por escucharlo con la mayor paciencia posible.

-Se intensificó la lucha entre el mal y el bien -insistía Enrique-. Dios decidió no intervenir para que el ser humano escarmentara pero todo indica que también a él la situación se le escapó de las manos. Hoy Satán está venciendo a Dios bajo la forma de la mujer.

Mientras Enrique desplegaba su teoría del fin del mundo Nicolás dedicó su atención a la recién llegada. Calculó que tendría entre cincuenta y pocos años. Vestía ropa juvenil sin esconder la edad. Supuso, o quiso creer, que no tenía pareja.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

-Perdoname, ¿te pasa algo? ¿te puedo ayudar? -le preguntó estirando el cuerpo hacia la mesa de Verónica.

Ella se sorprendió por la frescura con que la encaró y decidió seguir la charla. Le haría bien hablar con un desconocido. Por la barba entrecana y los libros que Nicolás tenía sobre su mesa pensó que podía ser psicólogo.

-La verdad es que estoy mal. Soy Verónica -le dijo.

A Nicolás lo sorprendió la respuesta. Hacía tiempo que conocer a una mujer no se convertía en un acto tan simple. Por otra parte fue una excelente excusa para alejarse del discurso de su amigo. Enrique, al ver que Nicolás avanzaba con la vecina, decidió retirarse.

-Tres son multitud -dijo y se fue.

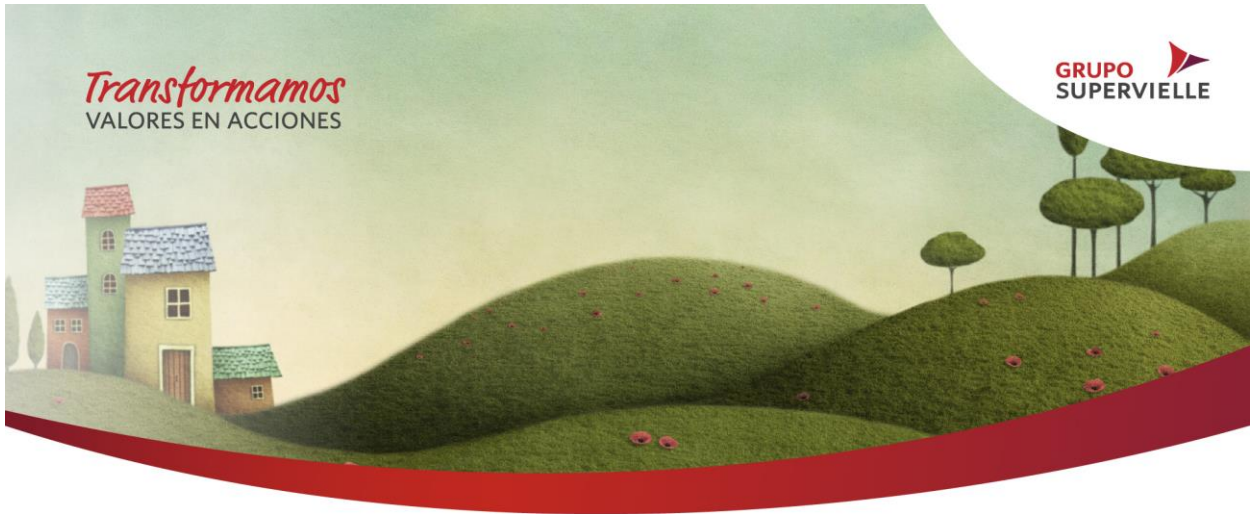
Nicolás se cambió a la mesa de Verónica.

-Estás hablando con una fracasada -le planteó ella como probando su temple.

-En esencia fracasados somos todos -le respondió él-. Es el destino del ser humano. Nos ayudan los recreos que inventamos, el amor, viajar, los hijos, el trabajo. Otros creen en la fantasía de un auto lujoso o una buena figura. Ni siquiera yo, que soy psicoanalista y escribo, me salvo de esa suerte.

-Ah bueno -dijo Verónica contenta por haber acertado con la profesión de Nicolás- vos estás peor que yo. A menos que estés actuando para impresionarme.

-Un poco de eso y un poco para ayudarte a levantar el ánimo -respondió Nicolás. Aunque creo que hay algo de cierto en lo que dije. El filósofo Sartre sostenía que la



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

esencia del ser humano es la nada, creer que somos lo que queremos es una ilusión, hay una predeterminación, un destino frente al que nada se puede hacer. Es el alma de las tragedias griegas. En su obra *El Muro* cuenta la historia de un guerrillero hecho prisionero en la Francia ocupada por los nazis. Le preguntan por el comandante de su grupo y, antes de que lo torturen o lo maten, decide mentir y comprar tiempo informándoles que el personaje buscado se ocultaba en el cementerio. Al otro día la Gestapo, ante su incomprensión, lo deja vivir y es trasladado al patio junto a otros prisioneros. Allí se entera que esa mañana su líder fue capturado porque, efectivamente, se ocultaba en el cementerio.

-Uau, eso sí que es terrible -dijo Verónica.

-No creas, poder pensar así es una ventaja, el mejor ganador es el que se sabe un perdedor. No espera nada y por lo tanto no pierde nada, no se frustra y disfruta de todo porque nada de lo que recibe estaba en sus planes.

-¿De verdad vivís con esa filosofía?

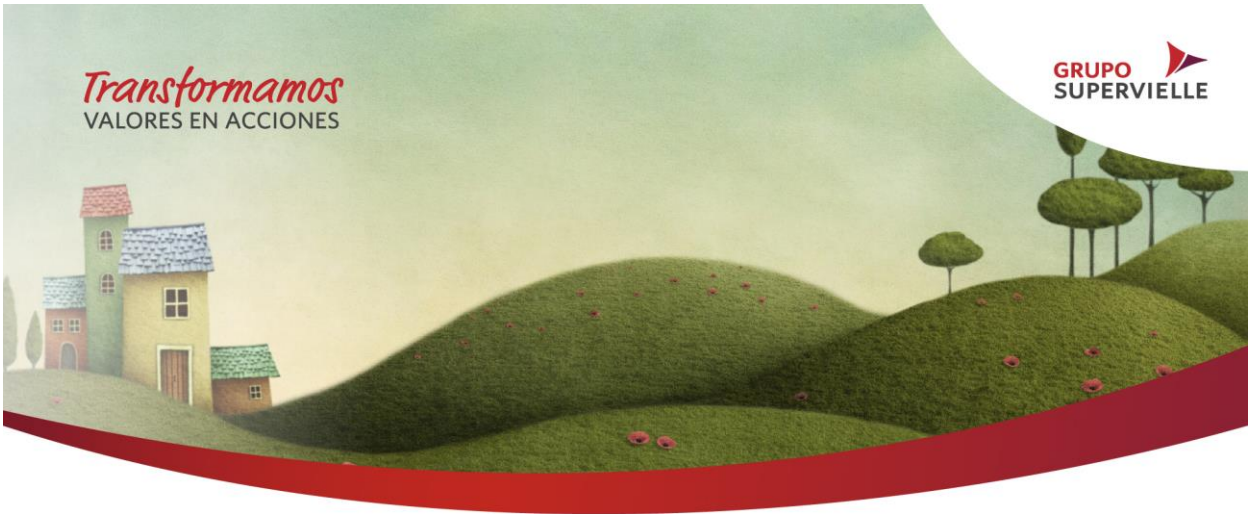
-En realidad lo intento y me encantaría poder hacerlo a tiempo completo -le contestó Nicolás haciéndola reír.

-Groucho Marx o Woody Allen se hicieron ricos y famosos vendiéndose como "losers" al burlarse de ellos mismos -acotó Nicolás siguiendo con su clase magistral.

-No puedo creer que me hayas sacado de la sensación de flan que traía -dijo Verónica.

Mientras se levantaba sacó una lapicera y tomó una servilleta.

-Si lo pienso no lo hago así que aprovecharé, "loser", te anoto mi teléfono, llamame cuando quieras. Ahora te dejo, tengo que estar en otro lado.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Nicolás guardó la anotación y salió del bar a tomar el aire que le había quitado Enrique y a pensar en lo mucho que le había gustado Verónica.

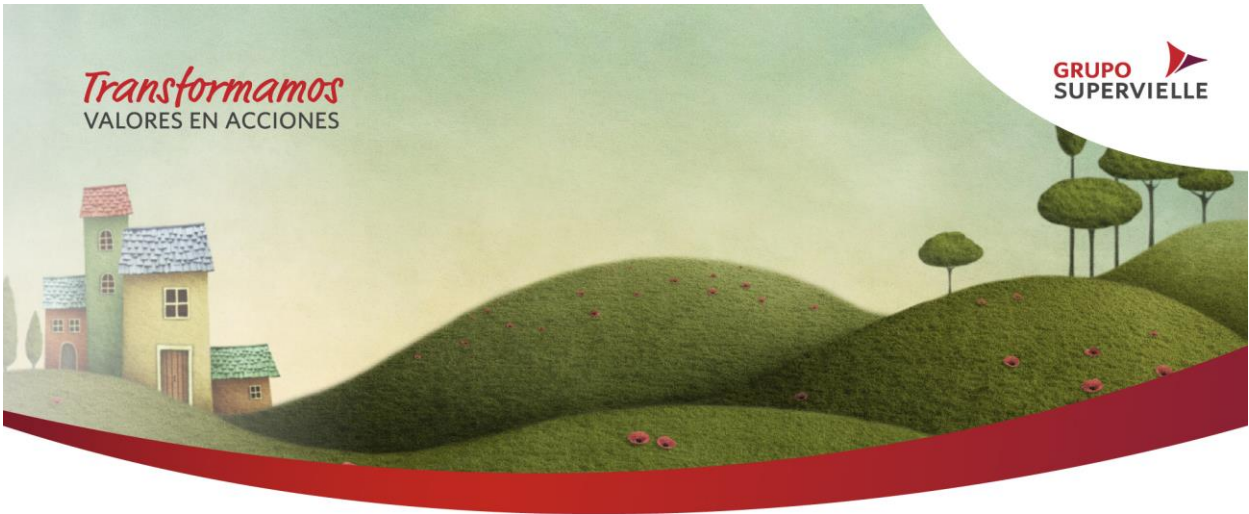
La historia entre ellos siguió. Nicolás vivió algunos de los mejores años de su vida. Ella encontró trabajo en otro instituto de danza. Él publicó ensayos que lo ayudaron en su profesión, decidieron vivir juntos y tuvieron una perra a la que llamaron Looser en honor a la palabra que, de alguna manera, los unió al conocerse.

Al que relata historias de amor le suele resultar difícil lidiar con el momento en que aparece una sombra, lo doloroso, lo que rompe la construcción entre los que se aman. El “todo bien pero” fue cuando Nicolás salió con otra mujer, engaño que provocó la primera y fatal herida en la pareja.

La frase “esa mujer no significó nada para mí”, palabras con las que Nicolás pretendió salvar la situación, fue la peor disculpa que se le hubiera podido ocurrir. Apelando al humor se ofreció a que Verónica le cortara cualquier dedo a cambio de no perderla pero solo consiguió una sonrisa forzada como respuesta.

-Es tan simple como que ya no te tengo confianza -le dijo mientras él la abrazaba-. ¿O acaso aceptarías seguir conmigo si la situación fuera al revés?

Él se sentó en el borde de la cama. Le iba a decir que sí pero se dio cuenta que jamás la recuperaría con una respuesta tan deshonesta.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

-Tenés razón, la sola idea me resulta inaceptable pero no quiero perderte -le dijo a sabiendas de que, aún optando por la sinceridad, la suya era una causa perdida.

El se fue de la casa. Hablaron varias veces por teléfono, no había nada nuevo que decirse y ambos lo sabían. Después de un mes Verónica aceptó tomar un café con Nicolás. Sería el último, el de la frase del agua y el aceite.

Pasaron algunos años y una tarde encontró a los dos amigos sentados a una mesa del mismo bar. Hablaban nuevamente de lo difíciles que son los encuentros.

-Hace mucho que no te veo, desde que se cortó la relación con Vero. Me dejó por una infidelidad y no la pude recuperar -le confió Nicolás.

-¿Vos creés que ella estará bien? -le preguntó Enrique sorprendiéndolo.

-No entiendo la pregunta, supongo que sí, por algo no está conmigo.

-Me parece que no entendiste mi inquietud -dijo misterioso Enrique-. Estos años aprendí muchas cosas. A veces para encontrar el amor recorremos caminos absurdos. Por ejemplo muchos admiran a los ascetas que se obligan a estar solos para renacer más fuertes, como si fuera un héroe digno de imitar. Decimos que para ser felices con otro primero hay que sufrir. Yo descubrí que son patrañas, estar solo no tiene importancia en ese aprendizaje. Menos sentido tiene culpar a otros de lo que nos pasa, por ejemplo a las mujeres, como hacía yo. Solamente sirve conocer tu deseo más



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

profundo. Pero no con respuestas superficiales del tipo “quiero ser feliz”. Hablo de saber en serio lo que se quiere. Así de simple y difícil. Dí tu palabra y rómpete, decía Nietzsche. Yo digo, encontrá tu verdad, luchá para llegar a ella y cuando lográs lo que querés, cuidalo con todo tu ser.

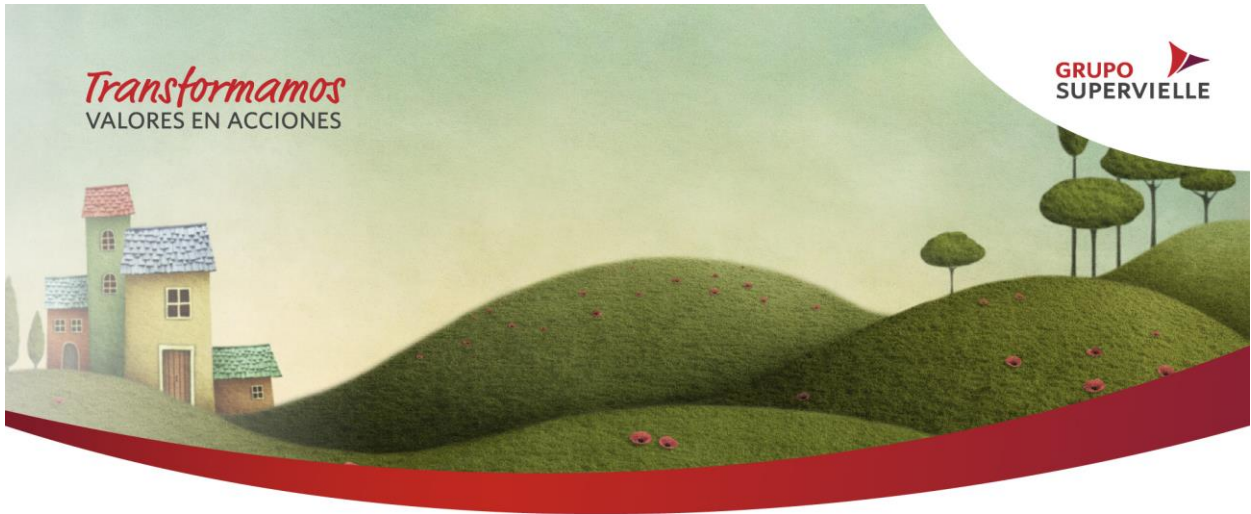
-Es fuerte lo que me estás diciendo. Sé que fui un estúpido. Amé, todavía amo a Vero, no conocí ninguna mujer como ella, sensual, feminista sin dejar de ser femenina. Cero hipocresía, no se llenaba la boca hablando de liberación para después hacerse pagar viajes o cenas con el pretexto de que es lo esperable de un verdadero caballero.

-Nos quejamos sin darnos cuenta de que a veces la fortuna nos atiende en nuestra propia casa -le señaló Enrique.

Nicolás se fue del bar admirado por el cambio en la actitud de su amigo. Conmoverlo por la charla pensó en llamar a Verónica pero inmediatamente se arrepintió. ¿Qué le podría decir? Esa noche no durmió imaginando el encuentro, se vio frente a ella balbuceando y arruinando todo. A las seis de la mañana se levantó, tomó el celular en el que conservaba sus datos y le escribió un mensaje.

Hola Vero

Ojalá te encuentres bien. Nunca dejé de pensar en vos y por supuesto en la posibilidad de recuperarte. Pero por fin pude entender que no se trata de tener gestos heroicos para que vuelvas sino de aceptar honestamente que al ser infiel no solo te falté el respeto sino que fui el hombre más insensato del mundo.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Mi carta tiene el sentido de que, por primera vez, con franqueza y sin especulaciones, sirva para algo diferente como, por ejemplo, decirte lo mucho que lamento haberte perdido.

También desearte que seas muy feliz, hagas lo que hagas y estés con quien estés. Nico.

Verónica recibió el texto y al releerlo por la noche se quedó despabilada en la cama mientras su pareja dormía. Él se despertó y la vio apoyada contra el respaldo con la mirada perdida.

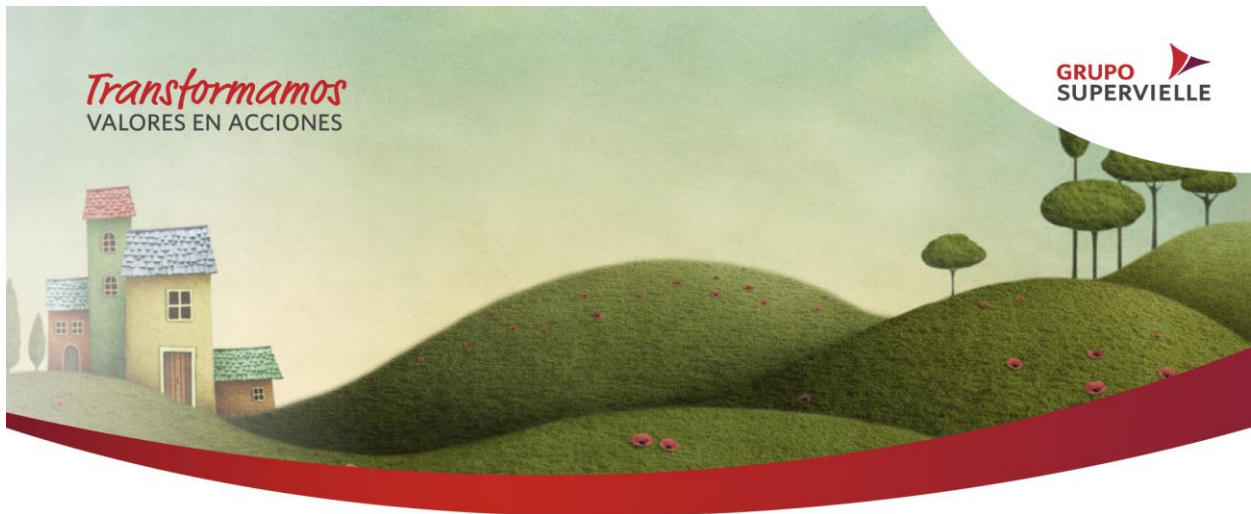
-¿Qué pasa amor? -le preguntó.

-Me escribió Nicolás, ¿vos le contaste? -le dijo Verónica mostrándole el celular.

-Para nada, le hablé de la soledad, de saber lo que se quiere, de cuidarlo cuando se alcanza -le aclaró Enrique abrazándola.

Ella lo separó suavemente, dejó el celular en el piso, apagó la luz y volvió al abrazo, los besos y el amor con que solían cerrar sus charlas antes de dormir.

Looser levantó la cabeza bostezando, los miró con los ojos entrecerrados y volvió a acurrucarse a los pies de la cama.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

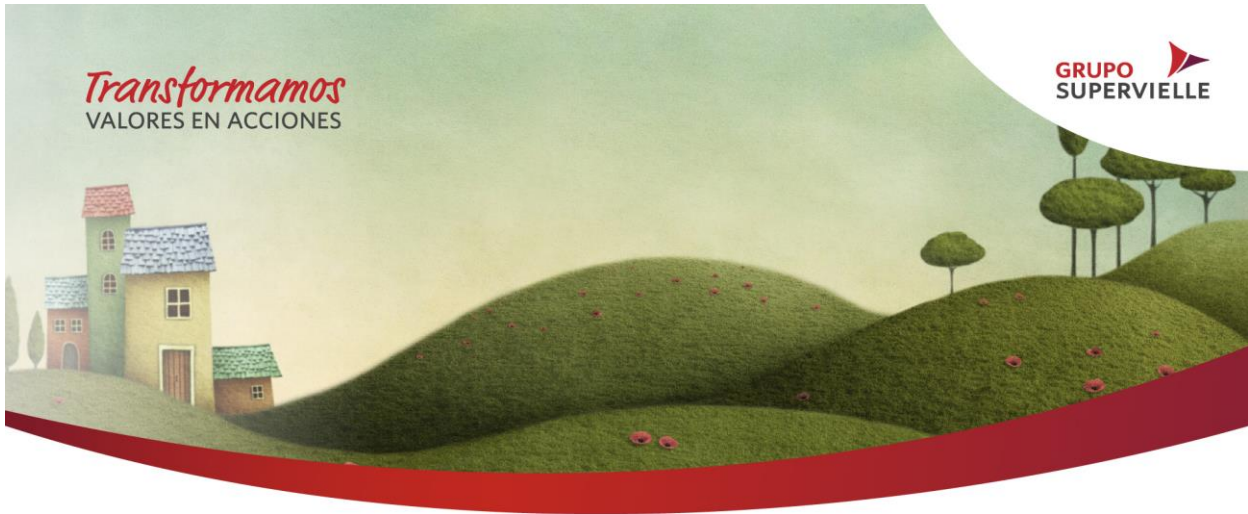
Hojarasca

Por Hernán Gonzalo Villarruel

Se detuvo, virtualmente congelado, incapaz de articular palabra o hacer otro movimiento que no fuera el tamborileo de los dedos de su mano derecha dentro del impermeable, como solía hacer cuando algo lo alteraba. Allí estaba, inmóvil delante del cuadro, que no era pintura sino foto y que colgaba junto a otro que mostraba un atardecer sombrío, en el ala Sur del centro de exposiciones, la última sala, donde las obras no pertenecían a conjuntos o colecciones de autor y se exhibían sueltas, solas, casi como de relleno.

Sintió que debía salir de allí, recorrer el camino andado desde la puerta y abandonar el edificio rápido, urgente. "¿Cómo es posible...cómo?", se repitió un par de veces en tono casi inaudible para que los demás no lo miraran raro, para no llamar la atención. De todas las cosas que esperaba ver cuando decidió aceptar la invitación a la muestra, el recuerdo de uno de los eventos más inquietantes de su vida era lo último.

No era posible pero allí estaba, el paisaje de hojarasca, como si diez años antes un fotógrafo secreto escondido detrás de los árboles hubiera captado exactamente lo que vieron sus ojos, o como si sus ojos mismos hubieran sido la cámara: las hojas multiformes de colores diversos, algunos cambiantes con el reflejo del sol sobre el rocío, de verdes suaves y también oscuros; hojas moradas, ocre pálidas, raras y a la vez tranquilizadoramente familiares. Todo estaba allí, perfectamente igual, sombríamente ordenado. Todo, hasta el rastro de sangre.



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

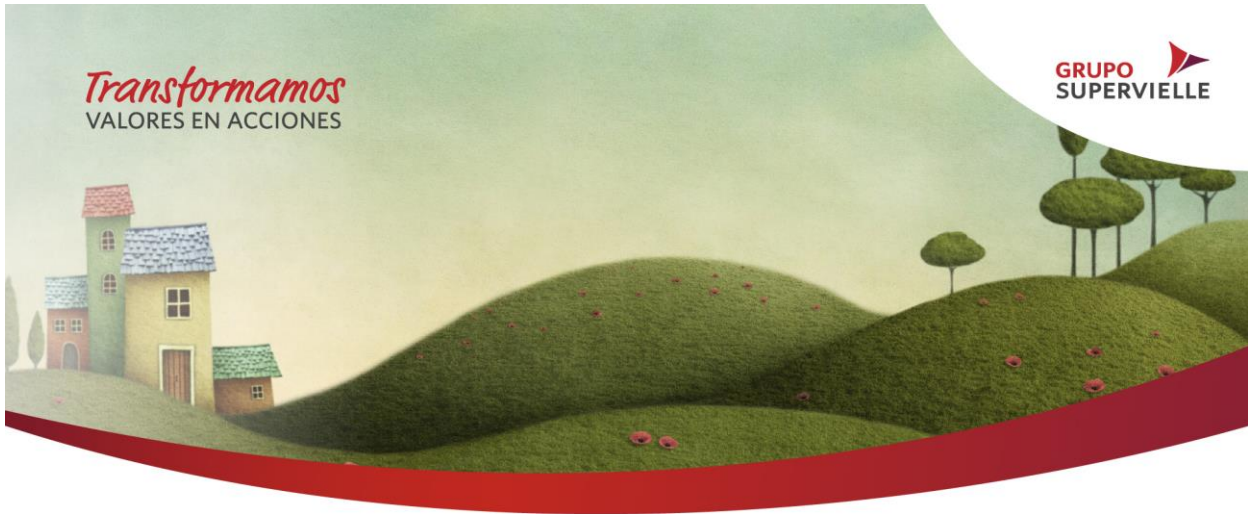
Irse, sí, tal como se había ido aquella mañana, sin correr, apurando el paso y buscando el aire que le faltaba, igual que entonces; un gesto de poca grandeza y mucha cobardía que lo persiguió desde entonces. Huir, ahora, sin el crujir de la hojarasca bajo sus zapatos apresurados ni la lluvia fina sobre su cabeza ni el frío de la mañana de otoño cortándole la respiración como pequeñas cuchilladas punzantes y húmedas.

Un empujón lo volvió a la realidad. Se dio cuenta de que estaba retrasando a la gente que venía detrás de él en la fila ordenadamente y en silencio como pedían las instrucciones al entrar a los recintos. Vio las caras de fastidio y escuchó los comentarios en voz baja de quienes estirándose y contorsionando pasaban por detrás suyo tratando de llegar a las otras obras. Una y otra vez se disculpó apenas por cortesía, no porque sintiera culpa o le importaran los demás.

No podía dejar de pensar en aquella foto ni dejar de mirarla. Le habían invadido la memoria, robado sus recuerdos, descubierto sus temores; no podía ser casualidad. "Imposible", pensó, y la sola idea le heló la sangre. El bosque, las hojas, la mañana fría, la muerte que nunca supo y apenas presintió o quizás tan solo imaginó.

¿Qué hacer? Irse, le decían su cabeza y sus entrañas, irse cuanto antes, pero por alguna razón seguía allí, quieto, incapaz de otra cosa que no fuera mirar la foto enmarcada que reavivaba los recuerdos de aquella mañana de terror y lo tenía hipnotizado, atrapado en una extraña y perversa fascinación.

Aquella mañana ... cómo olvidarse. No pensaba en nada aquella mañana, diez años atrás, en que salió a caminar para poner en orden su cabeza, para tratar de olvidar, o mejor dicho, no recordar. Emma se había ido y dejado la nota, así nomás, furtiva y cobardemente. La partida nunca anunciada, sin nada que lo hiciera sospechar, sin un solo indicio ni mensaje, o amenaza, o el clásico "tenemos que hablar" que usualmente precede al abandono o a la noticia desgarradora.



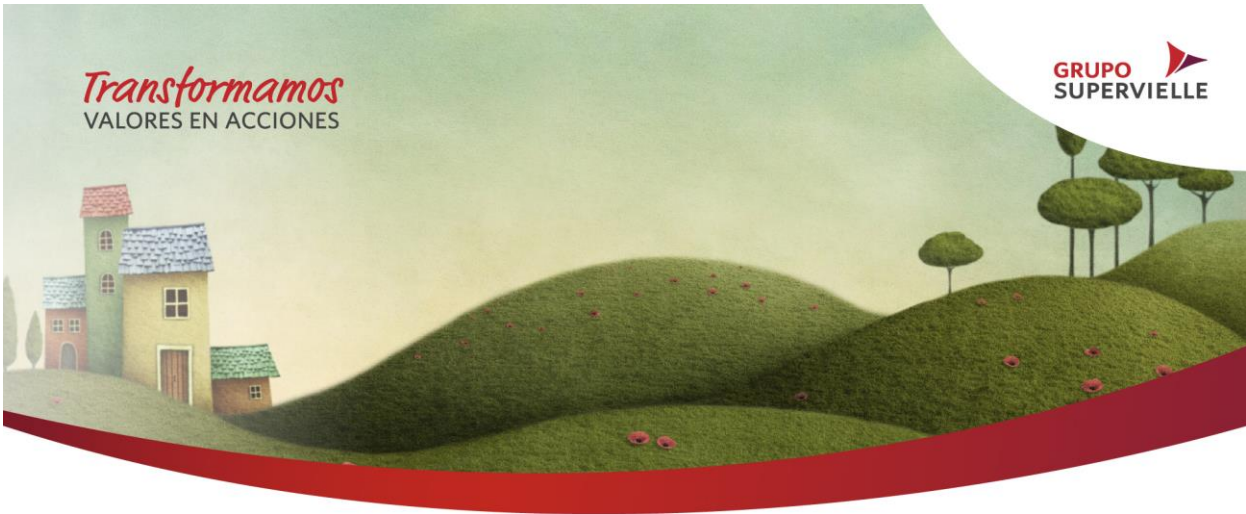
5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

En verdad salió a caminar para no seguir enloqueciendo encerrado en su departamento sin calefacción y de pronto se encontró en el parque, consciente de que habían transcurrido dos, quizás hasta tres horas de vagar sin rumbo por las postrimerías de su pueblo, bien al sur, donde la ruta se hacía puente y mostraba a mano izquierda el riacho serpenteante y a la derecha el parque, o bosque como gustaban decir los vecinos más ancianos.

Se sentó en el banco de madera, curiosamente bien conservado a pesar de los años, las lluvias, las ocasionales nieves y los calores del verano reverberando en su pintura verde, ya casi gris, y notó la alfombra de hojarasca y el mar de colores y se sintió impensablemente vivo, renovado; un extraño fervor mezcla de misticismo y esperanza salido de vaya a saber dónde, pero vivo. Y entonces, cuando ya lo ganaba ese éxtasis de optimismo irracional que ni él podía explicar vio el reguero de sangre, un hilo consistente, inocultable e inconfundible. Por un segundo, nomás, quiso creer que eran matices de las hojas rojas furiosas contrastando contra el ocre de las que yacían debajo, pero no, era sangre; sangre seca pero espesa, ominosa, mensajera de tragedia.

Se incorporó lentamente y lo siguió como quien sigue un camino en un sendero cualquiera, hasta llegar hasta la primera hilera de arbustos. El rastro se perdía adentro, era visible, continuaba. ¿Hasta dónde, hasta qué o quién? Nunca lo supo, pero fue la pregunta que se hizo mientras permanecía quieto, incapaz de nada; la que se hizo mientras retrocedía y apuraba la marcha de vuelta a su casa sin atreverse siquiera a volver la vista; la que se hizo al día siguiente y todos los días durante los meses siguientes y los años siguientes.

Una noche, tiempo después, despertó bañado en sudor y con el corazón saliéndosele por la boca, preso de una angustia atroz y con un miedo que sólo recordaba haber tenido en alguna pesadilla de chico. En su sueño caminaba por un bosque siguiendo un rastro de sangre; al llegar a un sendero de matas y arbustos vio un bulto que le pareció una persona tendida en el suelo de hojarasca seca. Llegó hasta él y



5ta Edición
Graudes Autores
RELATOS CORTOS

entonces vio el objeto, una masa hinchada cubierta de cerdas grises sucias y bañadas en sangre; cuando lo dio vuelta con el pie, la cabeza era la de una bestia horrible, mezcla de humano y animal, algo inidentificable, rasgos de cerdo y mirada bovina, los ojos abiertos en el último estertor de miedo ante el suplicio de una muerte sin duda cruel y violenta.

Durante semanas no pudo sacarse la pesadilla de la cabeza; tanto, que le costó dormir por un par de meses y muchas veces fue condenado al insomnio. Hasta que por fin su mente, en un raptó de sanidad, decidió que era hora de olvidarlo todo, no sólo la pesadilla, sino todo aquel episodio de su vida, que atribuyó sin dudarlo a la tristeza y la frustración del golpe emocional y el dolor del abandono.

Entonces llegó ese día, que supuso común como todos sus días y que nada presagiaba cuando se levantó más que la coreografía rutinaria de un día de trabajo lleno de papeles, reuniones y discusiones interminables entre jarras de café y alguna que otra carcajada si tenía suerte; un día apenas alterado por una invitación a una muestra de arte en el Centro de Exposiciones.

Y allí estaba, enredado en lucha entre su raciocinio que lo urgía a huir de nuevo y sus demonios internos que lo tentaban a quedarse y saber. Le llevó apenas unos minutos a su lado oscuro para imponerse. Lentamente, regresó a la fila y esperó su turno; al llegar frente al cuadro se acercó para mirar el nombre, "Mañana de Muerte", y entonces supo que no tenía escapatoria.